

Santanderismo, antisantanderismo
y la Academia Colombiana de
Historia: la operación histórica
en el proceso de construcción de
nación en Colombia, 1910-1970

*Santanderism, Anti-Santanderism and the Colombian
Academy of History: An Historical Operation in the
Process of Nation-Building in Colombia, 1910-1970*

RAFAT AHMED GHOTME GHOTME*

Universidad Militar Nueva Granada
Bogotá, Colombia

* raghotmeg@unal.edu.co

Recepción: 6 de octubre de 2006. Aprobación: 26 de abril de 2007

RESUMEN

[122]

En este trabajo se muestra la forma como se revela el mito del héroe patriota, el estereotipo de la tradición y la identidad nacional, por un lado, y el arquetipo de un hombre particular, con las cualidades individuales y colectivas propias del alma nacional. Esta tarea sería implementada por la Academia Colombiana de Historia, la cual, junto con el gobierno nacional durante el periodo 1910-1970, se dio a la tarea de masificarlo y darle una vida autónoma y perdurable. Entre todos los patriotas, sobresale uno que le dio fisonomía y vida a la nacionalidad colombiana, el general Francisco de Paula Santander. Como gran hombre, el general Santander encarna los ideales de un Estado liberal y racional y es, según la tradición de algunos conservadores ultramontanos, el adalid de las generaciones laicas, jacobinas y anticatólicas. Como se nota, este personaje no fue ajeno al debate de los distintos modelos políticos sobre construir nación por parte de los dos partidos, más la concepción del “pueblo” nacional que tenía cada uno de ellos.

Palabras clave: mito, nación, nacionalismo, identidad nacional, héroes, antihéroes, santanderismo, antisantanderismo, general Santander, Bolívar, Academia Colombiana de Historia, discurso de la raza.

ABSTRACT

In this work it is shown the way the myth of the patriot hero is revealed, on one side, the stereotype of tradition and national identity, and the type of a particular man, with the individual and collective qualities known to the national soul. This task will be implemented by de Colombian Academy of History, with the national government during the period from 1910 to 1970 with the intention of masification and an autonomous and perdurable life. Among all patriots, one stands out because gave shape and life to the Colombian nationality, the General Francisco de Paula Santander. As a great man, the General Santander embodies the ideals of a liberal and rational State and, according to the tradition of some conservative branches, he was the one who carried out the laic, Jacobin and anti-Catholic traditions. As it is noticed, this character was not denied to debate from the different political models of nation building from both parties, and the conception of national “people” that each one had.

Keywords: *Myth, Nation, Nationalism, National Identity, Hero, Antihero, Santanderismo, Antisantanderismo, General Santander, Bolívar, Colombian Academy of History, Speech of the Race.*

EL HÉROE o gran hombre de la Independencia de Colombia ha estado presente en los recodos de la memoria de hombres y mujeres comunes y en la narrativa de los diferentes autores que consagraron su grandeza o destrozaron su existencia. Si comenzamos por la sentencia eterna de Carlyle, en la que el héroe es un individuo que hace época y determina el curso de la historia, esta definición “aristocrática” aparentemente va en contravía de los preceptos “democráticos”, ya que este héroe es típicamente apropiado por una minoría y, por tal razón es usual creer que los héroes pululan en los regímenes totalitarios o las democracias restringidas. También es cierto que en la medida en que este héroe no tenga aceptación popular, tenderá a fracasar o convertirse en antihéroe. El héroe o gran hombre que triunfa en una sociedad política es aquel que adquiere una connotación especial en los sistemas altamente centralizados, pero que cuentan con un grado favorable de aceptación entre sus ciudadanos. Es decir, en aquellos lugares donde pueden gobernar unos pocos –por lo demás, quienes se encargan de glorificar a un héroe del pasado o a sí mismos– es recurrente el interés “por la significación histórica de los individuos destacados”.¹ En los parámetros de la modernidad política, entonces, se empezó a develar la necesidad de conciliar al héroe con la sociedad, independientemente de los regímenes políticos y de los trabajos aislados de los intelectuales que atribuyeron a los héroes un papel marginal en comparación con los factores históricos que determinan el curso de la evolución.²

[123]

Para acometer tal necesidad, la representación del héroe o gran conductor supuso, ante todo, la dependencia de un trabajo finamente elaborado por un grupo de publicistas al servicio del Estado.³ Influenciados por el movimiento ascensional del nacionalismo, los *intelectuales* le otorgan al héroe un ascendiente popular, y a su gloria un hábito de necesidad colectiva, además de

-
1. Sydney Hook, *El héroe en la historia: un estudio sobre la limitación y la posibilidad* (Buenos Aires: Ediciones Galatea/ Nueva Visión, 1958) 13.
 2. Tomás Carlyle, *Tratado de los héroes: de su culto y de lo heroico en la historia* (Barcelona: Editorial Iberia, 1957). La crítica al papel de los héroes como grandes conductores de la “historia”, en Hook.
 3. A pesar de que Anthony Smith reconoce esta presunción, le da una importancia real al hecho de que los nacionalistas de los siglos XIX y XX hayan creado o recreado paisajes, biografías, monumentos y representaciones nacionales por su propia condición intelectual, y no por la imposición o devengación salarial proveniente del Estado. En Anthony Smith, *La identidad nacional* (Madrid: Trama Editorial, 1997) 82-89.

[124]

un paisaje nacional histórico perfectamente adecuado a sus obras; un héroe remitido a la conciencia colectiva⁴ dimana los caracteres y el genio peculiar de la nación, el ímpetu guerrero y noble de la raza. Como héroe nacional, es la emanación del “ser colectivo”, realización perfecta y encarnación de las formas colectivas que no puede entrar en contradicción con la sociedad.⁵ El héroe nacional es, en síntesis, el gran defensor de los valores colectivos y la supervivencia histórica de su nación. Si así no fuese, el “héroe fallido” entra en contradicción con la sociedad, puesto que su carácter presenta “una falla fundamental que iba arrastrando los acontecimientos como un sino trágico”,⁶ falla que se develaba en su arrogancia y desapego al pueblo.

La visión negativa del pasado se sustenta, pues, en la obra del antihéroe. Siguiendo la propuesta de Little, el antihéroe es producto de una dinámica aparejada a la producción del conocimiento histórico que opera a través de la semiosis. Esta operación tiene la siguiente secuencia: 1) ruptura del interpretante contextual, que se genera como producto de una guerra o una revolución; 2) modificación del *mythos*, que hace referencia a la narración e historiografía dominante en determinada época; y 3) el *logos*, el significado y las categorías de análisis que se incluyen en la trama histórica.⁷ El *logos* de la categoría de antihéroe es creado por medio de publicistas al servicio del Estado para demostrar que en la nueva coyuntura nacional se tuvo que luchar contra “tiranos” u hombres que pudieron desviar el “destino

-
4. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989) 148-149. La predilección de los publicistas de los siglos XIX y XX fue la biografía, acompañada con un fuerte discurso historicista. La imagen del héroe, sin duda, tuvo un tono alegórico, abstracto y fantasioso que Colmenares reconoce. Sin embargo, cuando dice que la imagen del héroe no tuvo la objetividad suficiente para mostrarlo en sus facetas oscuras y contradictorias, precisamente porque ésta era más alegórica que simbólica, no reconoce que a la sazón el personalismo de la narración era un simbolismo acaso objetivo.
 5. Colmenares 155.
 6. Colmenares 156.
 7. La propuesta teórica de Little está fundamentada en la semiótica de Peirce, el “signo” como una cosa o algo que percibe alguien por medio del proceso triangular de la semiosis: significante-interpretante-significado. En Roch Little, “El conocimiento histórico como proceso de semiosis: el ejemplo del debate polaco de la posguerra acerca de Pilsudski”, *Memoria y Sociedad* 1.2 (1996): 133-134, 140.

histórico⁸ de la nación. Al antihéroe, por más despreciable que sea, no se le puede abstraer o desaparecer porque un Estado en formación, un sistema o régimen político en transición, se legitima, entre otras razones, atacando al “personaje histórico con el cual el poder (...) podía enfrentarse para establecer su legitimidad política”.⁹ Además, si el antihéroe fue fundador del Estado nacional, como es el caso de Santander o Bolívar, éste, acaso, tendrá más cabida en el relato histórico. La cuestión radica, al parecer, en los yerros e imperfecciones heredadas por el antihéroe.

[125]

Esto indica que el término antihéroe conlleva, por su propia naturaleza, una definición positiva. Por un lado, verifica la existencia de una actitud heroica, ya que sólo una personalidad superior, divina o heroica, es la que se puede enfrentar a otro héroe. Entre más se le achacuen elementos negativos a su personalidad, más se lo engrandece, más se positiviza y esclarece su existencia. Por otro lado, y relacionado con lo anterior, un antihéroe aparece en escena cuando una sociedad democrática necesita olvidar los yerros del pasado tiránico, de los “villanos” o personajes desalmados de la nación. Entonces, el antihéroe se convierte en el símbolo positivo de un pasado que dio la pauta a la sociedad para creer que podían superar sus males, los cuales, por lo demás, son parte de su carácter nacional. Los héroes y antihéroes que triunfan en una sociedad democrática, dependiendo del interpretante contextual y del *logos* de cada época, son precisamente aquellos que no manifiestan su deseo de separarse de las mayorías o que tuvieron una participación crucial en la formación de una nueva sociedad política; cuando no se atribuyen a sí mismos la misión providencial de ser el único instrumento para conseguir un fin colectivo. Pero el héroe que triunfa es, paradójicamente, aquel que pudo concretar esa misión no sólo por su naturaleza superior individual, sino por la atribución conferida por el pueblo –o el individuo–, el cual delega al héroe la solución al conflicto en que se debate esta sociedad o individuo.

En este artículo se mostrará cómo se construye el mito del héroe/antihéroe nacional en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. Tal

-
8. Little 135. Creemos que un antihéroe no es estrictamente el “villano” del relato histórico; se asemeja más al “tirano” o aquel que lucha contra el héroe predilecto de la narración o de la conciencia colectiva. Damos un ejemplo: en el caso de los relatos heroicos de la Independencia nacional, generalmente aparece como “villano” un oficial español, como un Morillo, mientras que los criollos ocupan el lugar predilecto de los “tiranos”, como un Páez o el mismo Santander.
9. Little 134.

[126]

periodo marca la existencia del primer nacionalismo moderno en Colombia, de corte intelectual y partidista, pero con la idea común de nación, un sistema educativo y lengua centralizados, una nacionalidad apriorísticamente reconocida –la colombiana– y unos héroes fundadores que usualmente compartían los partidos liberal y conservador. A diferencia del resto de países de América Latina, durante el periodo de estudio aquí indicado, el nacionalismo de Estado fue aparentemente frágil o débil en el caso colombiano; en este sentido, los partidos heredaron la tradición decimonónica de concebirse a sí mismos como fuente y vida de la nación, antes que el Estado propiamente dicho.¹⁰ Sin embargo, tras una larga tregua, los partidos liberal y conservador trataron de llevar a cabo un plan nacional de conciliación, que se reflejó principalmente en los gobiernos posteriores a 1910 y que se manifestó en la existencia de gobiernos de gabinetes mix-

10. Esta presunción en Marco Palacios, “Parábola del liberalismo colombiano”, *Parábolas del Liberalismo* (Bogotá: Norma, 1999); también Daniel Pécaut, *Orden y Violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Bogotá: Norma, 2001).

El periodo de estudio analizado no indica una cronología de la historia política y social que compagine con la periodificación clásica de la historiografía colombiana. En primer lugar, se fundamenta en la realización del nacionalismo a través de la historia patria y la preponderancia que tuvo la Academia Colombiana de Historia en su diseño y difusión, hasta que el Gobierno Nacional suprimió de los centros de enseñanza la asignatura de Historia Patria en 1984. En segundo lugar, este periodo está circunscrito en la noción del nacionalismo moderno de tipo vertical, que en este caso llega hasta 1950 y se restablece con el Frente Nacional. Su realización se hallaba en el Estado o en el plan de salvación inspirado por los intelectuales políticos. Buscaba, además, mantener la unidad, autonomía e identidad de una nación o su proyecto. Por esta razón, los representantes de las distintas tendencias políticas e ideológicas soportaron su talante en una especie de convivialismo intergeneracional. Desde entonces, los partidos se legitimaron mediante un nacionalismo de conciliación, en el cual los desencuentros, antes que en una guerra civil, se esclarecían en los debates políticos y religioso-educativos, en las movilizaciones electorales y el Parlamento, hasta que lo absorbiera el periodo de la Violencia. El término “convivialismo” es de Braun, quien lo utiliza para referirse a los gobiernos de gabinetes mixtos y de convivencia partidista que van desde 1930 hasta la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Cree Braun que esta política conciliatoria, con sus intermitencias, tiene una raíz claramente visible en la tradición fundada por los republicanos y el régimen conservador. En Herbert Braun, *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia* (Bogotá: Norma, 1998).

tos. Más allá de esto, en el *espíritu de la época*, dos o más generaciones de intelectuales-políticos nacionalistas¹¹ encarnaron la idea de nación a través de la Academia Colombiana de Historia, la cual, a la vez, sintetizó su misión en darle a la historia el aliento suprapartidista en el proceso de (re)construcción nacional. En resumen: el primer periodo del nacionalismo moderno en Colombia se debatió principalmente en tres corrientes intelectuales: la liberal –más bien santanderina–, la conservadora –más bien bolivariana, en el caso de Laureano Gómez o Guillermo Camacho Montoya– y el Estado –más bien la Academia Colombiana de Historia–, proceso que, en cierta medida, reflejó el triunfo virtual del santanderismo como modelo de nación en Colombia.

[127]

Desde el punto de vista de la historia política, el nacionalismo moderno implícito en la obra de Santander y la operativización de su figura a través de la Academia Colombiana de Historia –tal y como supone el argumento central de este ensayo– no se puede sustraer al enfoque del mito bipartidista de Bolívar y Santander, y menos aún al enfoque culturalista que propende

-
11. En términos generales, a pesar de las intermitencias y diferencias ideológicas, los *republicanos*, los viejos conservadores históricos y los liberales moderados vieron la necesidad de una transferencia hacia la democratización y el progreso constante para la Nueva Colombia, *regenerada*, católica y capitalista. La mayoría de las preocupaciones nacionalistas estuvieron enfrascadas en fuertes debates parlamentarios o en la misma producción intelectual de los centenaristas –que asociaron las virtudes políticas del presente con el talante y la impetuosidad del Estado liberal, racional y laico–, en lo que contribuyó de manera decisiva la separación de Panamá. Pero más importante aún, como veremos más adelante, casi todos estos intelectuales tuvieron una fuerte atracción por dilucidar el origen del carácter, genio y espíritu colombiano. Es importante recalcar que durante la primera mitad del siglo XX la actividad intelectual de los centenaristas estuvo fuertemente influenciada o atacada por los movimientos literarios y filosóficos imperantes en la época: modernismo, republicanismo, costumbrismo, neoclacisismo, marxismo y socialismo, pero casi todos estuvieron marcados decisivamente por el ímpetu del nacionalismo moderno imperante. Para una referencia general sobre los movimientos intelectuales de la primera mitad del siglo XX, ver: Carlos Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia* (Bogotá: Editorial Colombia Nueva, 1985) 35 y ss., 90 y ss.; Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y nación en Colombia: de la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Universidad Central/ diuc/ Siglo del Hombre Editores, 2002); Eduardo Posada Carbó, *El desafío de las ideas: ensayos de historia intelectual y política en Colombia* (Bogotá: Banco de la República/ EAFIT, 2003).

[128]

rastrear los elementos de la tradición política de la sociedad colombiana. Este caso queda patentado con lo expuesto por Fernán González al referir que la formación política de Colombia obedece a un proceso de integración regional o local de elites superpuestas a maquinarias partidistas del orden nacional, y a la inversa, maquinarias nacionales rivales que se sustentan, además, en una base electoral clientelar o voluntaria, es decir, masas populares que se debaten entre lo tradicional y lo moderno.¹² Para González, “esta integración y comunidad cultural imaginada se expresa en la adhesión a programas abstractos, mitos y símbolos comunes, personajes históricos y a un juego complejo de imágenes y contraimágenes que contribuyen a reforzar la comunidad de sentimiento ya existente”;¹³ en su estudio sobre el mito bolivariano prevalece, por tanto, el análisis de los documentos redactados por los mismos personajes (por ejemplo, el epistolario de Bolívar) y su proyección *real* sobre la sociedad. Es decir, las *ideas* políticas hacen parte de una expresión más de la *estructura* política, relegando el carácter trascendente –y autónomo– de una idea.¹⁴ En este trabajo, sin embargo, creemos que el mito bipartidista sigue siendo útil para rastrear la configuración de una formación política específica, esto es, de la cultura política colombiana y los dos modelos o *ideas* de nación imperantes, irreconciliables, superpuestos entre Bolívar y Santander.

Para desarrollar este argumento, dividiremos este ensayo en dos partes. En la primera parte se mostrará el *logos* interpretativo de los partidos conservador y liberal en torno a la idea de un héroe/antihéroe, el general Santander, como parte integrante del proyecto político de construir un pueblo nacional en torno a la figura del general neogranadino. Entre todos los héroes patriotas de la Independencia, el general Santander sobresale porque le dio fisonomía y vida a la nacionalidad colombiana. Como gran hombre, el general Santander encarna los ideales de un Estado liberal y racional, el “nacionalismo de frontera”, siempre que se trate de repeler las intervenciones del lado venezolano y, según la tradición de algunos conservadores ultramontanos, el adalid de las generaciones laicas, jacobinas y anticatólicas. Personaje controvertido, Santander no fue ajeno al debate de los distintos

12. Fernán González, *Para leer la política: ensayos de historia política colombiana*, vol. 1 (Bogotá: cinep, 1997) 38.

13. Fernán González.

14. En especial, el estudio sobre Bolívar de Fernán González, vol. 2, 24-25. Sobre historia de las ideas, seguimos especialmente a Isaiah Berlin, *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas* (México: FCE, 1993).

modelos políticos sobre construir nación por parte de los dos partidos, más la concepción del pueblo nacional que tenía cada uno de ellos.

Los dispositivos del nacionalismo moderno que se usaron en Colombia para superar las fricciones partidistas heredadas de las guerras civiles del siglo XIX, los debates intelectuales, históricos y antropológicos que redundan en el discurso de la raza, el carácter y genio peculiar del colombiano medio, constituyen elementos útiles para entender las motivaciones de estos intelectuales en el proceso de construcción de nación en el periodo de estudio indicado.

[129]

En la segunda parte se hará un análisis de las formas, las características y la evolución del mito del héroe patriota a través de la Academia Colombiana de Historia, la cual, durante la primera mitad del siglo XX, reflejó el fuerte influjo de la Regeneración y la herencia cristiana del progreso de la humanidad y “las enseñanzas de Cristo”. Esta tarea involucró un periplo santanderino en torno a la construcción de la nación y sus caracteres más representativos, tales como el civilismo y el legalismo. Es decir, a la idea del *santanderismo*, antes que al general Santander estrictamente, se le confirió el estatuto de padre fundador de la nacionalidad y la mayor inspiración de los estatutos de la Academia. Por tanto, se debe aclarar que en esta parte del trabajo no se hará una relación detallada de las obras que hicieron los académicos sobre el general Santander, sino de la preponderancia del santanderismo y los santanderistas en la dirección de la Academia. Por último, cabría decir que la Academia se abrogó la tarea de conformar un cuerpo de ideas *típicas* en torno a la nación, de redactar un nuevo *logos* interpretativo de la historia de Colombia y de darle a la historia el carácter de una disciplina acientífica capaz de superar los debates partidistas e ideológicos que sumieron al país en un periodo de cruentas guerras civiles.

Santanderismo y antisantanderismo: o de héroes y antihéroes

Partidismo y nacionalismo

La concepción del pueblo nacional que tenían los partidos liberal y conservador parecía más bien una manifestación de lúgubres recitaciones poéticas. Mas esta manifestación “pesimista” del alma nacional sólo marcaría el paso inicial para emprender el verdadero rumbo de la nacionalidad. Un discurso con semejante estructura preparaba el camino “optimista” de la nación, aunque sea con una leve esperanza.

En primera medida, para los conservadores el pueblo nacional tenía un espectro esencialmente negativo y pesimista. También era concebido como

[130]

uno esencialmente campesino y “analfabeto” y, por esta razón, con pocas capacidades políticas. Encontraron en el mestizaje el origen de un carácter nacional infortunado y de un cuasi irremediable desafecto al progreso. Como en otras sociedades occidentales, y como en todos los discursos nacionalistas, insistieron en que la conservación y la perfección nacional posibilitaban la vía del entendimiento humano, la organización social y el aseguramiento de “las necesidades, la comodidad y las satisfacciones de la vida”¹⁵

El territorio y la raza eran los elementos esenciales para el desarrollo de estos factores. A pesar de que Laureano Gómez consideraba que en el espíritu español era “donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo”, el aporte español a la civilización “es casi nulo”.¹⁶ De España se heredaba, decía Gómez, el valor guerrero, la bizarría, la dureza, la gracia, el ímpetu y la tenacidad, por un lado, y la terquedad, la intolerancia, la falta de sentido político, la ineptitud y pereza de los gobernantes, la cobardía y resignación política del pueblo, así como su fanatismo e imbecilidad, por el otro.¹⁷ A la negra y a la india las consideraba como sociedades salvajes. De la primera destacaba un espíritu “rudimentario e informe”, su propensión a la mentira, ofuscación e impresión por las cosas simples. De la raza indígena creía en su estado de resignación, su espíritu rencoroso, malicioso y cazarro, sin alguna clase de apego a la nación.¹⁸ De la mezcla de estos tres elementos no dudó en tachar a la mestiza de discordante, y que “bástenos con saber que ni por el origen español, ni por las influencias africana y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental, ni la conquista de una civilización independiente y autóctona”.¹⁹

En Gómez podemos ver el nacionalismo de tipo vertical, en el cual el partido o el gobierno nacional tienen la responsabilidad de civilizar al pueblo. Laureano Gómez, después de recibir fuertes críticas por su conferencia “pesimista” sobre el alma nacional, por concebir que “esta tierra no es el marco natural espontáneo para una cultura humana”, proponía una salida dirigida “a fuerza de inteligencia, de trabajo y de dinero”. Y sentenció “que

15. Laureano Gómez, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia: conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá* (Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1970) 23.

16. Gómez 44-45.

17. Gómez, *Interrogantes* 45-46.

18. Gómez, *Interrogantes* 46.

19. Gómez, *Interrogantes* 49.

el país está equivocado fundamentalmente en la apreciación de los recursos de que dispone y de los métodos que tiene en uso para alcanzar esa cultura. Y que si no cambia de criterio y de conducta, perecerá. Irrevocablemente perecerá”.²⁰ En ese sentido, a diferencia de otros conservadores, a Gómez no lo desvelaba encontrar los remanentes del carácter heredado de los españoles, sino más bien enrumbar a los mestizos por el camino del progreso como única salida para alejarse del aletargamiento antropológico.

[131]

Una visión más optimista del alma nacional la podemos encontrar en la obra de los liberales. También creían en el infortunado destino de los mestizos, pero vislumbraban que el Estado racional, con su guía, podría sacarlos del estancamiento. El carácter nacional no estaba, a diferencia de los conservadores, en un contorno católico colonial; estaba, más bien, arraigado en un pasado remoto, datado en la época de los conquistadores, quienes habrían legado el civilismo. Sin embargo, en la tradición liberal también existía un fuerte impulso por corregir el carácter racial de los colombianos. El gran exponente de la teoría racial y étnica, como causante de la decadencia colombiana, para el caso liberal, fue Luis López de Mesa. Este autor publicó en 1934 su clásica obra nacionalista, en la cual apunta que el carácter

20. Gómez, *Interrogantes* 75. Este aforismo nacionalista ya había sido expuesto, casi idéntico, por Marco Fidel Suárez (1855-1927), quien creía que los “elementos que forman un gran carácter nacional [son] la energía para el trabajo, celo por la libertad, fidelidad en los contratos y austeridad en las costumbres”. En Marco Fidel Suárez, “El carácter” (1882), *Obras*, vol. 1 (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1958) 1369. Sin embargo, a conservadores como Sergio Arboleda (1822-1888) o Miguel Antonio Caro (1843-1909) los desvelaba el hecho de incorporar al carácter nacional el sello de la tradición ibera que trajeron los colonizadores: la religión y el apego a las letras. Ver: Miguel Antonio Caro, “La Independencia y la raza” (1868), *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, vol. 1 (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986) 332-333. En adelante *Antología*. Ver de Sergio Arboleda, “La República en la América española”, *Antología*, vol. 1, 204, 206-207.

Mariano Ospina Pérez (1891-1976) trajo a colación la misma alegoría, agregándole un elemento nuevo al discurso: la Violencia. Consideraba a los colombianos de carácter violento, motivado por factores políticos y económicos (atraso material del país), raciales y geográficos. Ospina Pérez repitió casi textualmente lo expuesto por Suárez y Laureano Gómez, aduciendo que para que se salvara la patria se necesitaba de “rectitud, la constancia, el culto del honor, la energía para el trabajo, el celo por la libertad bien entendida, el valor ante la adversidad, el cumplimiento de los compromisos adquiridos y la austeridad de las costumbres”, en *Antología*, vol. 1, 575-576.

[132]

del colombiano es esencialmente mestizo, típico de la América española, situación que contribuyó a “una depresión espiritual de vencimiento, una verdadera desgana de vivir”, a la “aminoración de resistencia orgánica, una claudicación del impulso vegetativo”.²¹ Al igual que en los conservadores, en la postura liberal de López de Mesa existía un fuerte impulso por concentrar en el “progreso” el despliegue de la nación. Tanto los liberales como los conservadores concibieron, además, que la redención de la nación se debía encuadrar en un sistema educativo moderno, cristiano, que realzara los valores del carácter nacional. Como veremos, en la glorificación de los grandes hombres de la Independencia recayó buena parte de esta redención, puesto que el héroe presuponía el retorno a un pasado glorioso y el modelo ideal de la raza.

El nacionalismo de convivencia y redentor de los partidos liberal y conservador se ve reflejado también en el culto a los héroes, a veces sin importar su condición partidista: “pronto se levantarán en Bogotá” –refería Eduardo Santos– “las estatuas de esos dos patricios que fueron Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro”. En la historia y el culto a los héroes pretéritos se encumbra el nacionalismo de los “centenaristas”:

Ese culto de los grandes hombres nacionales, junto con el de la bandera y el himno y con la enseñanza de la historia patria contribuirá de manera incalculable a la formación de un robusto y consciente patriotismo, que no sería posible sin firmes bases de un sentimiento espiritual que tenga sus raíces en el pasado y venga del fondo mismo de nuestro ser.²²

21. Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana* (Medellín: Bedout, 1970) 67.

22. Eduardo Santos, “El culto de los grandes hombres” (1914), *Obras selectas*, vol. 2 (Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979) 441-442. Del lado conservador, contamos con José de la Vega, quien creía que los momentos de “befa” y “denuesto” en que no se adulaba a los héroes, “felizmente, para nosotros esa época va pasando ya”, en *Antología*, vol. 1, 481.

Bernardo Tovar afirma que hasta 1910 el culto a los héroes había sido particularmente inexistente, con la excepción del culto por Bolívar y Santander. Esta situación se manifestó en las pocas representaciones artísticas, literarias e históricas respecto a los patriotas y héroes fundadores de la nación. En “Porque los muertos mandan: el imaginario patriótico de la historia colombiana”, *Pensar el pasado* (Bogotá: UNAL/ Archivo General de la Nación, 1997) 147. Para una referencia general sobre la creación e instalación de estatuas, bronce y

Entonces, muchos *patriotas* (independentistas) fueron sacados teologalmente de sus tumbas: un García Rovira, un Campo Serrano, una Policarpa Salavarrieta, un Camilo Torres, en fin. La mitologización de Santander, por supuesto, atravesó todos los caminos nombrados hasta acá: procesos históricos y partidaristas, en los cuales, para los conservadores ultramontanos como Laureano Gómez, representaba el lado oscuro del héroe fundador, el antihéroe nacional; y para los liberales, el lado positivo de la sociedad colombiana, el héroe por excelencia; hasta encumbrarse como el Padre Fundador de la Nación a través del discurso de reconciliación nacional pregonado por los centenaristas y la Academia Colombiana de Historia. Comencemos por el primer aspecto, esto es, el mito bipartidista de la nación en torno al santanderismo y el antisantanderismo.

[133]

El mito de Santander

El origen del término “santanderismo”, su aplicación y contenido, debe ser rastreado desde la misma aparición en escena del general Santander. Este concepto se sitúa en las desavenencias entre los venezolanos y los neogranadinos, las fricciones, intrigas y enemistades apasionadas suscitadas entre Santander y Bolívar, por un lado, y en las representaciones heroicas y antiheroicas que encarnan cada uno de ellos, del carácter nacional, yerros y virtudes de cada pueblo, por el otro. El propio Santander dice que “desde entonces ya no hubo sino dos partidos pronunciados: el de los constitucionales o liberales, que pertenecían a la causa sostenida por Santander, y el de los bolivianos o serviles, que eran los que pedían facultades extraordinarias para Bolívar y la constitución boliviana”.²³ Más adelante refiere: “Los satélites del absolutismo para despojar a los arraigos de la Constitución del mérito de sostener una causa tan honrosa y tan digna de la probidad y los

demás representaciones artísticas en torno al héroe en Colombia, ver: Roberto Cortázar, *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá en 1938* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1939).

23. Francisco de Paula Santander, “Historia de las desavenencias con el Libertador” (1829), *Memorias del general Santander* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1973) 216. Este escrito apareció anónimo como *Memorias sobre el origen, causas y progreso de las desavenencias entre el Presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, y el Vicepresidente de la misma, Francisco de Paula Santander, escritas por un colombiano en 1829*. El mismo Santander reconocería su autoría en un escrito suyo de 1837, sus *Apuntamientos*, que luego se tratará. De aquí en adelante *Desavenencias*.

sacrificios del pueblo colombiano, los apellidaban *santanderistas*. ¡Estéril y vil venganza!”²⁴ Pero el origen del término no sólo radica en una disputa acalorada entre los partidarios de Bolívar y los de Santander. El término también está adecuado a una acepción negativa del santanderismo, esto es, el antisantanderismo.

[134]

Esta “estéril y vil venganza” fue atizada por uno de los más empedernidos antisantanderistas, el abogado bogotano Eladio Urisarri (1806-1883), a quien se le atribuyen las cartas anónimas contra Santander, firmadas por “Los sin-cuenta” entre 1837 y 1838. Estas cartas, más panfletarias y poco serias, fueron la respuesta a todas las representaciones por las que Santander se defendió en sus *Apuntamientos* de 1837. El mismo Santander, en nota a la segunda edición de 1838, ratificaba que estas cartas habían sido publicadas por Urisarri. El general Santander era consciente de su personalidad histórica y escribió sus *Apuntamientos* para hacer la relación de hechos por los cuales él creía que sería calumniado en la posteridad.²⁵ De todos sus adversarios –que según él mismo estaban motivados por las “pasiones”, lo “débil”, los “intereses”, las “vanidades”– el doctor Urisarri sobresalió entre todos:

Un motivo de rencor, y de rencor encarnizado hasta hoy, fue la defensa de Sardá emprendida por el abogado doctor Eladio Urisarri. Por laudable que fuera, como es, auxiliar con sus luces a un desgraciado, el abogado adoptó medios inconducentes al objeto y para salvar a su cliente del crimen, acusó al gobierno haciéndolo criminal (...). La defensa se publicó por la imprenta, y después de leerla con cuidado me pareció no sólo inconducente, sino un zarcido de frases pesadas y en estilo gongorista. Tuve la imprudencia de decirlo, al tiempo que otras personas de gusto la censuraban por la imprenta. Ofendido el amor propio del autor, y atribuyéndome injustamente dichas censuras, me juró una enemiga de que son testimonio sus escritos desde aquella época.²⁶

Efectivamente, Urisarri combatió punto por punto la relación de calumnias que el general Santander incorporó en sus *Apuntamientos*. Urisarri consideró los *Apuntamientos* de Santander “escrito bajo el triste influjo de sus

24. *Desavenencias* 216. El remarcado es nuestro.

25. Francisco de Paula Santander, “Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada”, en *Memorias* 31, 69. En uno de sus apartes sentenció que “No puedo inhibirme del juicio de la historia, ni lo pretendo tampoco”. En adelante *Apuntamientos*.

26. Santander, *Apuntamientos* 30, 98-99; de la nota a la segunda edición, 107.

altas pasiones y que no ha pretendido sino elevarse sobre el buen concepto de otros”.²⁷ Al patriotismo de Santander lo tachó de ambicioso, envidioso y vengativo. De su legalismo previno que “quiere leyes liberales para sí, que se ejecuten a su acomodo”, y por esta razón el régimen de Santander fue despótico, arbitrario, militarista; si en un principio fue un apasionado de Bolívar, su militarismo y los libertadores, esto lo indujo a concebir un odio acendrado hacia los abogados. Para Urisarri el legalismo y el liberalismo de Santander se deben únicamente a un encarnizado odio y afán de mando que lo hizo concebir ruinmente superior a Bolívar.²⁸ Urisarri va más allá sobre el legalismo falaz de Santander, y dice que éste al ver frustrado su gobierno militar, limitado por una Constitución que siempre atacó, se vio en la necesidad de sostenerla buscando adeptos y conservando “el medio de quedar gobernando arbitrariamente, y no según la voluntad de la nación”.²⁹

La actitud sanguinaria que describe Urisarri de Santander, refiriéndose a los fusilamientos infundados de Malpica,³⁰ Infante y París, los ataques y las persecuciones contra Nariño en 1823, demuestra que “la Constitución [dice Urisarri] no era más que un papel sin valor alguno, o acaso un medio seguro de afianzar su arbitrariedad, legitimándola”.³¹ El Santander militar de Urisarri, es un Santander cobarde. Según este panfletario, Santander nombró a muchos oficiales y ordenó ascensos, todos inútiles, al parecer para satisfacer su afán de mando y generar un círculo de poder limitado a sus intrigas y políticas oscuras. Como militar, en el campo de batalla también

[135]

-
27. Eladio Urisarri, Carta segunda, 22 de diciembre de 1837, compilación de Vicente Pérez Silva como *Cartas contra Santander* (Bogotá: Planeta, 2000) 34. La cursiva es de Urisarri. En total son trece cartas más *El Memorándum*, que están en el Fondo Pineda de la Biblioteca Nacional, Miscelánea de Cuadernos No. 454, y que aparecieron impresas por José Ayarza, las primeras doce, y en 1840 por Nicolás Gómez, la carta trece y *El Memorándum*, éste a manera de conclusión y con todas las críticas referentes a la actitud anticatólica de Santander. En este trabajo se utilizará la edición de 2000 como *Cartas* y su número respectivo.
28. Carta segunda 35; Carta quinta, 31 de diciembre de 1837, 61-62. Urisarri se refiere a los fusilamientos de 1819 y la Convención de Ocaña de 1828.
29. Carta sexta, 7 de enero de 1838, 68; Carta octava, 14 de enero de 1838, 86-87. Urisarri cree que Santander siempre gobernó militarmente a sus anchas, apoyado en el citado artículo 128 de la Constitución.
30. José Malpica, español de nacimiento, residía en Bogotá en 1819 y fue fusilado por orden de Santander junto a los 38 oficiales capturados en la batalla de Boyacá, al parecer por hacer un comentario agrio sobre estas ejecuciones.
31. Carta séptima, 11 de enero de 1838, 78; Carta quinta, 61.

[136]

mostró una actitud semejante, errática, de traiciones: “No hay duda, señor abanderado, que Ud. es valiente con la pluma, pero la espada (...)”.³² Por último, Urisarri comenta que las desavenencias entre Santander y Bolívar se deben al odio que aquél le profesó a éste. Si Bolívar elogió a Santander en una primera etapa, sólo lo hizo para evitar que lo traicionara, a sabiendas de que Santander era propenso a este tipo de actitudes, como ya lo había hecho con el Libertador mismo (en la Grita, 1813, cuando se da el primer encuentro entre estos dos personajes), con Nariño en 1813 (guerra civil entre federalistas y centralistas) y con Fernández Madrid en 1816 (cuando huye a los Llanos sin obedecer la orden de éste de marchar a Popayán); incluso Urisarri cree que Bolívar nombra a Santander vicepresidente para evitar un desastre en las postrimerías de la guerra.³³

Al parecer, no sólo fue el general Santander quien emprendió su defensa de las acusaciones de Urisarri. En 1868 apareció una nota de Manuel Suárez Fortoul³⁴ para vindicar la memoria de Santander, la cual, a la vez, sirvió de prólogo para la tercera edición de los *Apuntamientos*. El propósito de este autor era combatir un artículo³⁵ de Malaquíás –seudónimo que utilizó Urisarri ese año para denigrar de la memoria de Santander–, “doblemente querida” y, por tanto, un “deber tanto de afecto como de patriotismo”, era el que motivaba a Suárez a mover su pluma. En 1825 también apareció un libelo anónimo titulado *La justicia y la amistad tributan éste homenaje al mérito*,³⁶

32. Carta tercera, 24 de diciembre de 1837, 46-47. Sarcásticamente este abogado bogotano insinúa que Santander no dejó de ser en toda su vida un simple abanderado, Carta séptima, 79. Esta actitud de cobardía y traiciones en el campo de batalla hace referencia a las de Bogotá en 1813, cuando traicionó a Nariño; a los Llanos de Cúcuta en 1814, donde llevó una vida holgazana; Gámeza en 1819, cuando, según Urisarri, el general Santander se hizo el muerto; en Vargas, dice Urisarri, Santander hizo lo que las mujeres hacían en contienda en Bogotá: “distribuir cartuchos detrás de una cerca de piedra”; y, por último, en Boyacá, donde Santander se escondió en una casa, Carta tercera, 42-43; Carta cuarta, 52-53.

33. Carta octava, 88; Carta quinta, 62.

34. Manuel Suárez Fortoul, “Santander ante la historia”, *Escritos sobre Santander*, vol. 1, comp. Horacio Rodríguez Plata y Juan Camilo Rodríguez (Bogotá: Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander/ Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988) 75-79. En adelante *Escritos*.

35. El artículo apareció con el título de “Una rectificación para la historia”.

36. *Escritos*, vol. 1, 1-5.

firmada por “unos colombianos”, en el que se vindicaba a Santander de los ataques encarnizados que le propinó el canónigo venezolano José Antonio Pérez en 1821, quizás el primer antisantanderista declarado. En términos generales, este volante suelto de 1825 trataba de mostrar a Santander como un hombre (antes que un héroe) con defectos y virtudes, su renuncia a la gloria, desprendimiento y obediencia fiel a Bolívar. Poco después, en 1831, apareció otro escrito anónimo titulado *El general Santander vindicado de las calumnias que se le hacen en la conversación entre un bolivarista, un santanderista y un liberal*³⁷, como una respuesta defensiva a la “conversación” difamadora del general. En ésta, la principal crítica que se le hizo a Santander fue la del excesivo afán de mando y poder que tuvo con las atribuciones del artículo 128 de la Constitución. Pero, más interesante aún, es que éste fue uno de los ataques más perentorios que se hayan dirigido contra Bolívar, al que acusaron de usurpador, dictador y separatista.

[137]

Casi todos estos libelos, cartas anónimas y calumnias infundadas y apasionadas fueron la base para los demás santanderistas y antisantanderistas de los siglos XIX y XX, como Miguel Antonio Caro,³⁸ Laureano Gómez, Guillermo Camacho Montoya y Fernando González, quienes citan permanentemente las apuntaciones de Urisarri. La tradición antisantanderista fue iniciada por Urisarri y coronada por Fernando González en 1940, año en que se conmemoraba el centenario de la muerte de Santander. Esta tradición se afianzó cuando un santanderista excelso como Eduardo Santos ordenó glorificar la figura de Santander en cualquier rincón de la patria, por medio de un entramado publicitario que incluía discursos, estatuas, afiches, cuadros y representaciones escolares y la incorporación de la imagen de Santander en cualquier entidad del orden estatal. Laureano Gómez no dudó en tachar esta representación publicitaria en una disertación entre lo periodístico y lo historiográfico: “Con todo comedimiento, séame permitido anotar que el escritor [el editor del periódico *El Siglo*] pagó tributo a lo que podríamos llamar el ‘mito de Santander’”.³⁹ Sin embargo, estos autores

37. Este artículo apareció en Bogotá el 24 de agosto de 1831, firmado por “un amigo de la justicia y del general Santander”, *Escritos*, vol. 1, 31-38.

38. Ver más adelante Nota 61.

39. Laureano Gómez, *Obras completas. Crítica de historia* (Bogotá, Cámara de Representantes, 1989) 145. El artículo fue publicado el 2 de febrero de 1940 en el periódico *El Siglo*, y todos los referentes a Santander fueron condensados en *El mito de Santander* (Bogotá: Populibro/ Editorial Revista Colombiana, 1966). Aquí se utilizarán las *Obras*.

también pagaron tributo al mito de Bolívar y por esta razón, como veremos, también lo hicieron con el de Santander, puesto que defender la apostura y superioridad de un héroe sobre otro implica una mitologización “negativa” de las situaciones y los seres que ahí aparecen.

[138]

Tanto Gómez como Camacho Montoya y Fernando González no hacían parte de la tradición partidista que consumó el aliento nacional desde la guerra de los Mil Días, es decir, de los gobiernos de gabinetes mixtos y de reconciliación nacional. Aunque es difícil sugerir el origen del aislamiento intelectual de estos autores, lo cierto es que en ellos podemos encontrar un nacionalismo cultural que se acoplaba más a los intentos de aproximación a una civilización universal y cristiana en Laureano Gómez, y de tipo mundano y materialista en Fernando González.⁴⁰ El antisantanderismo de Fernando González y Guillermo Camacho Montoya⁴¹ es rayano con el odio. Este odio se manifestó principalmente en la presunción de que Santander es un falso héroe nacional, que por su cultura y carácter no daba para ser otra cosa que un típico representante del oscuro y negativo lado de la sociedad. Estos antisantanderistas tuvieron como principal propósito derrumbar el mito de Santander, a quien los liberales y conservadores le atribuyeron la paternidad del liberalismo y el carácter del pueblo colombiano.⁴²

Si tomamos la sentencia de Caillois⁴³ acerca del papel del héroe en la sociedad, como el único capaz de llevar a cabo la empresa audaz de liberar al hombre de su humillación, esclavitud y decadencia, contradiciendo los *tabúes* de la civilización, podemos encontrar que efectivamente un discurso antisantanderista radical recubre a Santander como un héroe malsano y típicamente representativo del lado oscuro de esa sociedad. Estos autores

40. Fernando González, *Santander* (Medellín: Bedout, 1971).

Una tesis que sirvió de guía para este estudio, que aún no ha sido desarrollada por el autor, sugiere que estos intelectuales son una especie de “neoregeneracionistas” o conservadores radicales que quedaron como remanentes de la coyuntura de la segunda mitad del siglo XIX, pero que prefirieron los debates intelectuales antes que en el campo de batalla, con algunas considerables intermitencias, tal como sería el caso de la Violencia azuzada por Gómez, o Alzate Avendaño, otro empedernido antisantanderista.

41. Guillermo Camacho Montoya, *Santander: el hombre y el mito* (Bogotá: Ediciones Revista Colombiana, 1940).

42. Gómez, *Obras* 145-148; Camacho 23-24; González 12.

43. Roger Caillois, *El mito y el hombre* (Buenos Aires: Ediciones Sur, 1939).

lo refieren como un liberal ateo que alteró “la autoridad, la unidad y la religión”⁴⁴ del pueblo colombiano, ejemplo que le ha costado superar a las generaciones sucedáneas. El antiheroísmo de Santander se ve reflejado como método y como ruta.⁴⁵ Fernando González cree que este método y esta ruta santanderina fueron seguidos por los más eminentes dirigentes de Colombia, hombres rabuleros y demagogos por excelencia. Santander, dice González, es la matriz de los partidos conservador y liberal, de los “Ospinas, Obandos, López, Olayas y Santos”.⁴⁶

[139]

El nacionalismo de estos autores apunta, como se dijo más arriba, a un historicismo universalizante,⁴⁷ o mejor, un complejo mundo de naciones cristianas y civilizadas que, aparentemente, no quedarían encerradas en sus propias fronteras. Para ellos, la existencia de un héroe nacional como Santander, en su aspecto más sombrío, va en contravía de la exaltación particular y el aporte natural que le debe hacer un pueblo a la humanidad

44. Camacho, *Santander* 23.

45. La expresión “santanderismo como método” es de Gómez; apareció como título de un artículo publicado en *El Siglo* 15 feb. 1953: *Obras* 266-271. Gómez considera que el “método” es formulista, formal y de respeto externo, pero con “consideraciones e hipótesis mortificantes”; en última instancia es jacobino, demagogo y anárquico. Por su parte, Camacho Montoya habla de “ruta santanderina”, en *Santander* 23. Ambos autores creen que esta ruta la siguieron los radicales del siglo XIX y los liberales de la década de 1930 y los agitadores de 1948, durante los días álgidos de la muerte de Gaitán y los sucesos posteriores.

46. González, *Santander* 27.

47. Es importante traer a colación algunos aspectos de la filosofía de González: “Nosotros sabemos cómo nacen el Diablo y las nacionalidades: el Diablo es el Dios de los vecinos, y la frontera psíquica son los contrastes, los odios”. El autor hace referencia al carácter fronterizo de Santander, abstracto de las minucias nacionales y el último reducto defensor de la nacionalidad. Esta idea particularizante de la historia refleja el odio encarnizado que siente González por los nacionalismos: “Llegó el momento de obrar unidos”, de unir a toda la humanidad, “y, por último, el Género Humano, el último hombre de Nietzsche”, pues ya no se guiará por las pasiones, los nacionalismos, las luchas y odios. Este autor cree además que todas las sociedades nacionales necesitan de un “héroe nacional”, de su papel sociológico para “agrupar, fortalecer al grupo”, crear la imagen de un ser mitologizado representativo del alma nacional; en este sentido, Santander sólo alcanzaría a ser el héroe de una clase “atontada”, de la moribunda Nueva Granada y de un pueblo sin conciencia. Para González, el verdadero héroe nacional es Antonio Nariño. En González 10-16, 21. Para una visión general del historicismo, ver: Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis* (México: fce, 1943).

[140]

entera. Bolívar, en este caso, supera las limitantes de un simple héroe nacional, no es hombre, no es hijo de dioses, es un semidiós en sí mismo. La solución para estos intelectuales es rectificar la vía del país, la nacionalidad, sobre los rumbos que trazó Bolívar.⁴⁸ Más importante aún es la actitud antiheroica que se le enmarañó a Santander. El Santander legalista tiene caracteres de la mitología antigua, “como el monstruo del laberinto de la antigüedad que devoraba a los hombres y su alma”.⁴⁹ En otra oportunidad fue catalogado como el protagonista de un drama histórico mesiánico, en el momento de huir a los Llanos con Serviez en 1816, donde la tropa llevaba una Virgen convocadora. Santander tiene algo de Moisés, es encarnación de un pueblo, de su carácter rabulero y frailuno. Si mueren todos en los Llanos, con excepción de él, el drama continúa, y según la estructura del drama mesiánico, los protagonistas (Santander, Páez y Bolívar) están destinados a hacer futuro: “Ellos son los padres; instrumentos del Dios que está escondido. Bolívar es la cima, el Chimborazo; Santander, el abismo que el océano Pacífico tiene al pie de los Andes para tragárselos, y Páez el bravío, el instrumento que manejará Santander”.⁵⁰

Al Santander militar nunca dejaron de catalogarlo como “sargento abanderado” (es decir, el primer rango de la oficialidad patriota recién salida de la coyuntura del 20 de julio de 1810, y quien se encargaba de transportar el estandarte del escuadrón en la parte frontal). A pesar de obtener rangos superiores, creen los antisantanderistas, su carácter era el de un “sargento abanderado”. Van más allá al decir que la actitud de Santander se debió al carácter haragán y mezquino propio de los rábulas jurisconsultos que adquirieron esta formación en los seminarios de Bogotá, cobardes como militares y habituados a los lujos del sueldo y la pluma. ¿En qué consistía tal carácter? La excarcelación de Santander después de la batalla de Bogotá de 1813 le costó uno de los ataques más furibundos de Fernando González. Adujo que el sargento abanderado volvió por sus mismos fueros al Congreso de las Provincias Unidas, en Tunja, a recibir el apoyo de los jurisconsultos

48. Gómez, “Ideas despóticas y monárquicas de Santander”, *Obras* 171-174; Camacho, *Santander* 23; González, *Santander* 22.

49. Camacho 17, 23.

50. González, *Santander* 133. Es dudosa la parte del relato que refiere González sobre Santander devoto y encargado de la Virgen de Chiquinquirá. Santander mismo relata en sus *Apuntamientos* los obstáculos que este encargo le propinaba a la tropa, *Apuntamientos* 45.

a cambio de su apoyo y de su ascenso a sargento mayor.⁵¹ Es decir, desde ese entonces se caracterizó por tener un espíritu sedicioso y discordante, a más de intrigante.

También han insistido en el carácter y la personalidad de un Santander heroico/antiheroico, es decir, del alma y cuerpo de una nacionalidad entera en el sentido más negativo del término. Con tales adjetivos fue interpuesto Santander: adulador, maquiavélico, jacobino, ateo, masón, rabulero (legalista), seminarista o frailuno (recuérdese que Santander fue educado en un colegio seminarista por su tío, el cura Omaña), avaro, cobarde, áspero, seco y ensimismado. En fin, de ser alma y vida del carácter anticristiano de la nación. De su figura aparece un relato sombrío: “ojillos grises”, aindiado, corpulento, grueso, bigote y cabello parapetados.⁵² Es un ser maligno, un genio diabólico.

Uno de los episodios más importantes de su actitud maquiavélica recae sobre la renuncia que hizo ante Páez en 1816. La mayoría de autores santanderistas y antisantanderistas atribuyen esta renuncia a su cargado espíritu legalista. Los primeros lo embelezan como un acto de valentía y decoro ante los golpes fuertes y las traiciones. Los segundos le achacan el poder y la habilidad para manipular e intrigar. Su actitud maquiavélica muestra un profundo conocimiento de las ardidés de la política y de la psicología voraz de Páez y los llaneros, razón por la cual su renuncia sirvió para hacer creer que dominaba la situación y que no le interesaba mandar a llaneros “brutos” y “salvajes”. Sólo una personalidad jactanciosa y formalista podría suponer esto. A partir de entonces, a Santander se le conoce como “general de pluma”, término positivo para los santanderistas y denigrativo para los antisantanderistas.⁵³

De las humillaciones sufridas por los llaneros, Santander absorbió todo, aguantó y se aprovechó de las circunstancias, ya que otro, en esa situación, se hubiera resignado y marchado para siempre. Pero Santander siguió, dice González, porque ésa es la esencia del genio maligno. Tal parecía que el *César Borgia* de Maquiavelo era un ser bondadoso en comparación con Santander.

51. Camacho Montoya 27; González 75-76. Santander tuvo “el conocimiento de que la Nueva Granada –dice González– posee espíritu rabulero, y la conciencia de que riquezas y honores serán de quien las sepa manejar como instrumento. Santander no ama; ama las leyes como medio para su éxito personal, y desde 1819 blandirá esa arma de dos filos contra el Libertador”.

52. González, *Santander* 28-31, 71, 86-87, 96, 118, 144-145, 148, 173.

53. Estos términos son de González 133-135, 137-138; Camacho Montoya 35, 37.

Como el personaje de Maquiavelo, Santander ama disimuladamente; odia y asesina, pero se limpia –asunto éste que lo hace superior a César Borgia–, aprende a conocer a sus enemigos, los soporta, los diviniza y diaboliza al mismo tiempo.⁵⁴ Lo cierto es que Santander, antes que ser expulsado del gobierno provisional de la república de Casanare-Apure, fue nombrado comandante de las fuerzas dirigidas por Páez.

[142]

Fernando González, además, utiliza un método de análisis portentoso de suyo: el sumergimiento en la “psique” de Santander desde su gestación y niñez para poder ahondar en las actuaciones de éste. Sólo un espíritu que combinaba el legado de una niñez en la frontera y los abolengos de unos antepasados antioqueños, dice González, podría dar por resultado a un hombre tan genial para la maldad, maldad mimética y adaptativa para el zarpazo final. Ese mismo sobrecogimiento fue lo que lo hizo postrarse ante Páez, en 1816, y ante Bolívar, en 1817, por medio de artimañas y adulaciones a Venezuela para obtener el nombramiento de general de brigada para formar las tropas de Casanare. En este momento, Santander llegó al punto de atacar incluso a los neogranadinos.⁵⁵ Establecido en el poder, Santander no dejó de ser un cobarde con los españoles y venezolanos y los fusiló de una manera anticristiana.⁵⁶

La obra cumbre de Santander se cristalizaría en el supuesto atentado contra Bolívar. Sólo un genio diabólico como Santander podría haber planeado una conspiración contra Bolívar en 1828. Si Santander es héroe nacional, dice González, es porque fue el único que pudo vencer a un semi-dios: “¿o acaso un bobo pudo vencer a Bolívar?”⁵⁷ Sólo un “genio del escape” pudo dejar limpia su huella en los casos de la conspiración de 1828 contra Bolívar, de las muertes de París (1833) y de todos los aspectos sombríos de su vida.⁵⁸ González concluye diciendo que Santander llegó a ser un hombre

54. González, *Santander* 138-139.

55. González, *Santander* 67, 79-80, 145, 147, 158-160.

56. Laureano Gómez, “El suplicio de Infante”, *Obras* 174-190; también, “Santander: el mito y el hombre”, prólogo a la obra del mismo título de Guillermo Camacho Montoya, *Obras* 239-243; también en Camacho Montoya 53. La relación de hechos se basa ciertamente en las cartas de los Sin-Cuenta, cfr. Carta quinta, 31 de diciembre de 1837.

57. González, *Santander* 105.

58. A decir verdad, los pocos aspectos de la vida sentimental y familiar que se conocen de Santander son relaciones de anécdotas recogidas por sus más juiciosos estudiosos, pero son casi inexistentes los documentos que haya dejado

de Estado malévolo cuando obligó a J. M. Restrepo a escribir una historia acomodada a su personalidad y trayectoria,⁵⁹ pues nada peor, para González, que la autolisonja y la impotencia para irradiar una gran personalidad por su propio peso.

Sin embargo, existe una visión positiva del mito de Santander, del héroe y el patriota, obra ensalzada por Laureano García Ortiz (1865-1945),⁶⁰ uno de los más empedernidos santanderistas. Como lo hizo Eduardo Santos, García Ortiz comienza por defender la obra de Santander y su influjo positivo sobre el carácter del pueblo colombiano, razón por la cual ataca los comentarios denigrativos que le hacen Caro,⁶¹ Baralt y Díaz, Blanco Fombona, entre otros antisantanderistas del lado venezolano y colombiano. También dirigió su diatriba contra su paisano envigadeño Fernando González, a quien acusó de sucedáneo intelectual del doctor Urisarri, y a los venezolanos antisantanderistas de continuar la obra del doctor Miguel Peña,⁶² el intrigador de Páez. García Ortiz hace una recapitulación, en di-

[143]

el prócer con referencia a su vida privada. Quizás el único que pueda dar cuenta de esta situación es su testamento, en el que hace una relación detallada de todos sus intereses, negocios y deudas, su fortuna acumulada, sus herederos, albaceas y amigos. Es interesante mostrar que en su testamento hay varias cláusulas que indican el perdón de varias deudas a algunos ilustres amigos y deja sentado que él no dejó alguna en vida. Esto podría darnos pistas para encontrar a un Santander “aburguesado”, austero y que curtió su personalidad con las penalidades que se sufren cuando se trata de la movilidad y el ascenso social.

59. González, *Santander* 122. Curiosamente el mismo Santander reconoció su figuración histórica y el influjo personal que irradió sobre el eximio autor de la *Historia de la Revolución de Colombia*, Archivo Santander, IV y VI, Cartas de Restrepo a Santander de marzo de 1820.
60. Son artículos y conferencias que aparecieron en la primera mitad del siglo XX, y que fueron recopiladas en una nueva edición en 1980 por el Instituto Colombiano de Cultura. En este trabajo se utilizará esta recopilación conocida como *Estudios históricos* (*Estudios*).
61. Las referencias de Caro sobre el general Santander, en su ensayo sobre el origen de los partidos políticos en Colombia, es tomado de: Miguel Antonio Caro, “Memorias histórico-políticas del general Posada: ojeada al origen de nuestros partidos políticos” (1882), *Artículos y discursos* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f.) 261-284.
62. Al parecer, García Ortiz nunca admitió la autoría de las *Cartas contra Santander*, pero su arremetida contra Urisarri y Miguel Peña fue contundente. En “Santander y sus detractores” (1940), *Estudios* 147.

[144]

ferentes conferencias y artículos, de todas las acusaciones por las que ha atravesado Santander, minúsculamente señaladas por éste en sus *Apuntamientos*. García Ortiz comienza por decir que Santander “fue la más fuerte encarnación de la idea nacional, el más ingénito, espontáneo y precoz de nuestros temperamentos políticos”.⁶³ Si Bolívar tiene facultades demiúrgicas y nobles como Napoleón, Santander, dice García Ortiz, es un Richelieu hecho para el orden y la libertad, que supo “imprimir a su país, entre el estruendo del cañón y entre las ambiciones de los guerreros triunfadores, el sello cívico y legalista que nos distinguió entre las dictaduras militares de Hispanoamérica”.⁶⁴

García Ortiz centra la segunda parte del debate en el carácter legalista y civilista de Santander, aunado al apelativo más conocido de Santander, “El Hombre de las Leyes”. Desde las notas de Daniel O’Leary, Caro, Blanco Bombona, Baralt y Díaz, y Laureano Gómez, el apelativo ha sufrido fuertes combates denigrativos. García Ortiz trae a colación la nota de O’Leary: “Por ese estar hablando siempre de la ley, y siempre poniéndola como escabel de sus pasiones, fue que Bolívar con ironía apodó a Santander el hombre de las leyes”.⁶⁵ Por el lado de Caro, la interpretación es un poco más tecnicista: “*Hombre de ley*, dicen Baralt y Díaz, atribuyendo la frase a Bolívar. La versión más general es que el Libertador le apellidó *hombre de leyes*, con respecto a Sucre, *hombre de guerra*, cuando se trataba de designar un general que dirigiese la campaña del Sur (...). Pero Santander en una de sus cartas se engalana con el título de *hombre de las leyes*, como recibido del general Bolívar”.⁶⁶ Esto sugiere un contorno denigrativo que se funda en la exasperación de Bolívar hacia Santander por encontrar tantos obstáculos a la continuación de la guerra en el sur, obstáculos de tipo legalista. Entre *hombre de ley* y *hombre de las leyes* existe un contraste marcado. El primer término indica un apego delirante a las minucias y trabas jurídicas, la justificación de una “posición ambigua”, errática,⁶⁷ con fines personalistas. El segundo es manifiestamente filántropo, universal y liberal. La defensa de García Ortiz consiste en decir que Santander mereció

63. García, “Carácter del general Santander”, *Estudios* 76.

64. García, “Carácter...” 76-77, 78. Aunque el mismo García Ortiz pretende no encerrar a Santander en “los poéticos adornos de la leyenda”, el tono de panegírico no desfallece en el discurso del autor.

65. García, “Carácter...” 81.

66. Caro, “Memorias...” 261-262. Las cursivas son de Caro.

67. Caro 262.

ese apelativo por la actitud serena y justa de Bolívar en los momentos más apremiantes de la guerra, y que el neogranadino resultaría mejor para las labores de la administración que lo que podría dar Sucre en el campo de batalla.⁶⁸

Así mismo, García Ortiz hace una defensa del carácter del general Santander. Su “modo frío y contundente” de actuar antes que ser defectos deplorables, son virtudes propias de una personalidad fuerte y virtuosa, que todos los grandes hombres públicos han desparramado en su vida y trayectoria.⁶⁹ Más interesante aún es la aproximación que hace García Ortiz a la personalidad histórica del general: “Santander fue pobre, arreglado y ahorrativo como un burgués desconfiado del futuro”; percibir al general como un aburguesado de clase media que ve en la nueva coyuntura histórica una posibilidad única de movilidad y ascenso social, es una novedad que calaría con los trabajos de historia social y económica de algunas décadas posteriores.⁷⁰ Esto podría explicar la fama de Santander de avaro, calculador en los negocios y acaudalado.

Por último, a la figura del general Santander se le atribuye la de haber sido la más representativa del tipo ideal de la raza colombiana:

Tal observación [dice García Ortiz] sobre la influencia recíproca entre los pueblos y sus pilotos se hallará también cierta y evidente, con poco que uno se detenga ante la consideración de nuestro carácter nacional y de la influencia política trascendental que sobre nuestros

[145]

68. Es bastante dudosa la apreciación de estos autores antisantanderistas, al referirse a la actitud de Santander frente a Bolívar sobre la consecución de recursos para la guerra del Perú en 1824. Santander actuó de acuerdo con los parámetros de las leyes y las limitantes del Congreso, que, según la Constitución de 1821, era el encargado de aprobar y restringir los recursos para la guerra. Cfr. Cartas, IV, 238-239, 266, 268; también “Santander y el Congreso: actas y correspondencia”, Cámara, III, 1823, 80, 103; Cámara, V, 198, todas de la colección citada de la Fundación para la conmemoración del bicentenario del natalicio de Santander.

69. García Ortiz, “Carácter...” 85-91; también “La frialdad de Santander” (1938), *Estudios* 231-242.

70. García Ortiz, “Carácter...” 88. En el mismo sentido la obra citada de Bushnell, “El régimen de Santander...”. Los trabajos de historia social y económica son: Jorge I. Domínguez, *Insurrección o lealtad: la desintegración del Imperio español en América* (México: fce, 1985); y Palacios, “Independencia y subdesarrollo. Notas sobre los orígenes del liberalismo económico en Colombia”, *Parábolas del liberalismo* (Bogotá: Norma, 1999).

destinos ejerció el primer mandatario neogranadino, el Hombre de las Leyes, el general Santander.⁷¹

[146]

En balance, una referencia al santanderismo y al antisantanderismo deja entrever que en medio del debate sobre el general Santander como padre fundador de la nación (como veremos más adelante), existen posiciones historiográficas, políticas y partidaristas divergentes. Santander encarna la idea del “héroe nacional”. Tanto para los santanderistas como para los antisantanderistas es la más auténtica síntesis de lo que pulula en “lo más hondo del sentimiento y de la conciencia colombianos”.⁷² Todo queda superado a una cuestión de método: el sentido positivo o negativo que se le da al mito de Santander. En cuanto al primer grupo, Santander se equipara con Richelieu o Jesucristo, grandes hombres que aportaron a la creación de una civilización universal y cristiana. Para los segundos, si Santander llegase a ser héroe nacional, es tan sólo porque representa el carácter más oscuro y degenerado de la sociedad; un hombre así, para los antisantanderistas, no podría representar el lado positivo de la sociedad, y menos aún aportar algo a la civilización cristiana.

Habría que decir que este debate encarnizado que raya en el odio, el amor y los personalismos de los autores en torno a Santander, es extremadamente útil para este artículo, en el cual la historia patria hace una valoración mítica del pasado, obra y figuración del general Santander. La Academia Colombiana de Historia trató de eludir este debate con un propósito claro: la formación del patriota, un gran hombre, héroe fundador de la nacionalidad y adalid de la civilización.

A través del análisis de las formas, las características y la evolución del mito del héroe patriota, la Academia Colombiana de Historia, que durante la primera mitad del siglo XX reflejó el fuerte influjo de la Regeneración y la herencia cristiana del progreso de la humanidad y “las enseñanzas de Cristo”, pudimos rastrear el aporte del carácter del pueblo colombiano como síntesis de la obra de Santander. Esta tarea involucró un periplo santanderino en

71. García Ortiz, “Ambiente original e influencia del general Santander” (1919), *Estudios* 98-99. En la misma línea de García Ortiz, Salvador Camacho Roldán mostró a finales del siglo XIX un Santander de virtudes y defectos, pero recalco que éstos eran propios de la época y, por tanto, la manera de actuar del general se adecuó brillantemente a su tiempo. En Camacho Roldán, *Santander* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1978).

72. Horacio Rodríguez Plata, prólogo a *Escritos*, vol. 1, XV.

torno a la construcción de la nación y sus caracteres más representativos, tales como el civilismo y el legalismo. Es decir, al general Santander –más bien al espíritu santanderino– se le confirió el estatuto de padre fundador de la nacionalidad y la mayor inspiración de los estatutos de la Academia. Además de imbricar un discurso civilista/legalista, los académicos emprendieron un periplo por la recuperación del Archivo Santander y convertirlo en el “O’Leary colombiano”. Este archivo pasó por diversas manos: santanderistas, antisantanderistas e incluso reposó varios años en el Archivo Histórico de Venezuela, hasta que llegó a manos de Eduardo Santos, director de la Academia Colombiana de Historia a mediados del siglo XX y quien consagró el archivo como la fuente histórica por excelencia de la nación. En pocas palabras, el archivo se convirtió en la más importante fuente del origen de la nacionalidad colombiana.⁷³

[147]

Comenzaremos por hacer una reflexión en torno a la función que se le atribuyó a la historia para crear identidad y, en ese sentido, para la incorporación del pueblo nacional en el culto republicano de los héroes. Luego trataremos brevemente la forma como los intelectuales-políticos trataron de legitimar la idea de Independencia como un punto de encuentro con el pasado que legó España, esto es, la *toga* y la *espada*, además de la cristiandad, para concluir con la parte dedicada al santanderismo, como síntesis fiel de los dos aspectos anteriores: el carácter nacional cimentado por Santander.

Amor a la patria, el culto a los héroes y la Academia

El carácter civilista de la Academia

En 1902, el gobierno nacional reconocía que por “incuria y por la triste situación del país, día por día se van perdiendo irreparablemente multitud de documentos preciosos, de monumentos y datos de todo género”.⁷⁴ Tal y

73. Ver más adelante sobre *Los académicos y el santanderismo*.

74. Academia Colombiana de Historia, *70 años de su fundación: 1902-1972* (Bogotá: Editorial Kelly, 1972) 9.

Tal cosa sentenció la Academia so pretexto de su fundación: “No es uno de los menores males producidos en Colombia por el espíritu de revuelta, el descuido casi absoluto de nuestra propia historia; el abandono con que conservamos todo lo que a la vida de nuestros próceres y a sus gloriosos hechos se refiere, y el criminal indiferentismo con que acogemos las aisladas y escasísimas muestras que de gratitud a su memoria han dado nuestros apáticos gobernantes y legisladores”.

Por esa razón la opinión culta nacional festejó y felicitó a la Academia por

[148]

como lo describiera Raimundo Rivas en 1910, al estudio de la historia se le achacaría la responsabilidad de atemperar los acalorados debates jurídicos y las encendidas pasiones partidistas que caracterizaron a las generaciones anteriores a 1902.⁷⁵ Con ese júbilo redentor, el gobierno nacional y algunos “hombres doctos y diligentes”, a la postre los más insignes centenaristas, resolvieron crear una Comisión de Historia y Antigüedades Patrias, con el fin de estudiar, resguardar, analizar y disponer de los materiales históricos de la nación y de América.⁷⁶ Esta Comisión adquiriría el carácter de Academia en 1902 y, en 1909, mediante ley, se reconocería su calidad de cuerpo consultivo y oficial del gobierno.⁷⁷

A pesar de todo este esfuerzo, la Academia tuvo que soportar durante los primeros veinte años de su fundación la aterradora indiferencia por la historia legada del siglo XIX. Tal parece que la tarea de la Academia, a saber, refrescar la memoria a los colombianos sobre los hechos de la gesta heroica y exaltar el nombre de sus progenitores,⁷⁸ recayó sobre personajes aburridos y anacrónicos. Ésta es la referencia de un académico en 1909:

Cuando se piensa en esa gran epopeya que hará el eterno orgullo de Colombia, se siente abatimiento profundo al ver que casi por completo nos hemos olvidado de los próceres y padres de la patria. Hagamos esfuerzos –no importa si ellos son inauditos– para retem-

crear el *Boletín de Historia y Antigüedades* y la Biblioteca de Historia Nacional, y por emprender la labor de recuperar archivos refundidos en las casas de personas que no hacían uso de ellos, archivos más bien resguardados por la casualidad que por un cuidado deliberado de sus dueños. Cfr. Fernando Restrepo Briceño, “Fuentes históricas”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 1.9 (1903): 441.

75. Raimundo Rivas, “Duda histórica”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.64 (1910): 243 y ss.

76. Academia Colombiana de Historia, *70 años...* 9-10.

77. Academia Colombiana de Historia, *70 años...* 12-13.

78. Es exagerado abrogarle a la Academia un exclusivo hábito de literatura procerca. Además de ser el único órgano histórico que ha mantenido su vigencia durante más de un siglo en Colombia, de tener una revista de circulación ininterrumpida durante ese mismo lapso, existen en su seno algunas revisiones críticas de la historia de Colombia, de la cultura indígena, la economía política; de salvaguardia de museos y difusora de la cultura nacional. Cfr. Roberto Cortázar, comp., *Informes Anuales de los Secretarios de la Academia: 1902-1952* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1952); *Informes Anuales de los Secretarios de la Academia: 1952-2000* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2001) 86-87. En adelante *Informes*.

plar ese amor que parece extinto en las presentes generaciones y que arde tan sólo en seres que hoy todavía se someten a burla con que se les moteja de anticuados.⁷⁹

Al pueblo todavía le costaba sumergirse en el mundo de la historia académica. A pesar de que los distintos sectores que representaban al pueblo asistían con cierto fervor a las celebraciones patrias cada vez que había un aniversario del 20 de julio o el 7 de agosto, la inauguración de una estatua o la declamación de un panegírico bolivariano o santanderino, la Academia siempre sorteaba las dificultades para avivar el sentimiento patriótico. A mediados de siglo XX existía la misma preocupación que tenían los académicos en 1902; por esta razón un académico reconoció que durante los festejos había la necesidad de “restar frialdad académica a las conmemoraciones”.⁸⁰ Entre otras medidas, la Academia incluyó en las celebraciones patrias los fuegos artificiales y los festivales folclóricos con el objeto de incrementar la concurrencia de los sectores populares.⁸¹ La idea era incorporar al pueblo dentro del culto republicano a los héroes.

[149]

En términos generales, durante el periodo 1910-1970 el gobierno nacional y la Academia emprendieron la tarea de redimir esta indiferencia por la historia, programando concursos, premios, grandes movimientos artísticos, promoviendo la escritura de biografías de próceres y artículos de todas las etapas históricas del país.⁸² La más prominente generación de la Academia, confundida con cierta razón con la del Centenario, consagró una forma y un estilo particular de historiar. Las palabras de Gabriel Giraldo Jaramillo pueden sintetizar esta afiliación generacional:

La Academia ha venido adquiriendo con el tiempo una insospechable dimensión espiritual: es la suma de trabajos individuales y la resultante de los comunes ideales patrióticos; pero es un cuerpo nuevo, distinto del de los miembros que la forman, con vida y per-

79. Ramón Correa, “Bocetos biográficos”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.61 (1909): 11. Ver también, Pedro María Ibáñez, “Informe anual del Secretario de la Academia”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.65 (1910): 275.

80. Luis Duque Gómez, “Informe del Secretario de la Academia Luis Duque Gómez: 1959”, *Informes, 1952-2000*, 86.

81. Se pueden nombrar los diferentes sectores populares así: concejos municipales, sociedades de artesanos, sindicatos, entre otros. Cfr. “Informes de los secretarios de la Academia referentes a las celebraciones de las fiestas patrias”.

82. Ibáñez, “Informe...” 282-283.

sonalidad propias, vigía insomne de las glorias nacionales, defensora del pasado, guardián celoso de las más puras tradiciones colombianas.⁸³

[150]

Es muy dicente que los miembros de la Academia se caracterizaran por su individualismo y sus obras personales, dejando a un lado sus gustos partidistas y tendencias filosóficas. Esto muestra el carácter suprapartidista de los académicos. Puesto que se trataba de llenar páginas “originales de antología patriótica”,⁸⁴ la nación, los valores democráticos, la cultura cívica y el amor a la patria, superaban las pasiones y los asuntos de partido. Desde entonces, la Academia se centró en cultivar la “grandeza de nuestro pasado histórico”, avivar “la fe en el destino futuro de la nación” y “acentuar en el corazón de los ciudadanos el orgullo de ser hijos de esta patria colombiana”.⁸⁵

En la perspectiva de los académicos –quizás sea arriesgado decirlo– no se creía que la historia tuviera la “misión de crear nuevos mitos”;⁸⁶ pero se asumía que si la Academia tenía la función de incentivar el “culto por el pasado”, la “glorificación de los grandes de Colombia”, la investigación de los hechos nacionales, por tanto, sólo cabría dentro de los parámetros señalados por los fundadores de la patria, en el sentido más mitológico del término.⁸⁷ En esa dirección, la Academia emprendió la creación de una importante biblioteca de autores nacionales y extranjeros que basaron su producción en el género biográfico. De modo que, además de las celebraciones, festejos, conmemoraciones y ritos patrióticos, la biografía y las historias nacionales protagonizadas por personajes célebres trataron de reconvenir el destino de la nación y darle una identidad al pueblo.

Esta narración llevaba consigo un mensaje mítico de evocación y retorno al pasado nacional. Una situación mítica no sólo trata de conectar el pasado con el presente y avivar la fe en el destino futuro de la nación, sino que también encubre muchos errores y justifica algunas acciones de los patriotas o

83. *Informes*, 1952-2000, 49.

84. Duque Gómez 87.

85. *Informes*, 1952-2000, 87. Como veremos más adelante, esas tres funciones de la Academia recayeron sobre la figura de Santander.

86. Alberto Lleras Camargo, *Discursos pronunciados en la celebración del sesquicentenario de la Independencia Nacional: 1810-1960* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1961) 24.

87. *Informes* 95.

héroes fundadores. El primero y más importante de ellos trata de aquilatar el principio de la violencia fundadora.⁸⁸ Con tal fin, la Academia dispuso que el día del Centenario se hablase de la “idea revolucionaria, germen de la Independencia”, convertida “en hecho con el movimiento popular” que se inició en Bogotá en 1810.⁸⁹ ¿Cómo incorporar en las celebraciones y la investigación histórica la separación de España y el desdén por los valores culturales que legó la Madre Patria?⁹⁰

[151]

Todos los intelectuales conservadores del siglo XIX y la primera mitad del XX, como Miguel Antonio Caro y Laureano Gómez, defendieron la idea de una transición del pasado español, su influencia y marcado espíritu cristiano en la nueva república.⁹¹ Esta defensa se suscitó en la tribuna pública, la prensa y las ediciones de libros a raíz de la tendencia historiográfica liberal del siglo XIX, que arremetió contra el carácter hispanizante de la Independencia.⁹²

La tendencia a interpretar la Independencia como un punto de *encuentro* entre el pasado español y el 20 de julio tiene una lógica providencial anunciada por M. A. Caro en 1881: “Políticamente hablando, el grito de independencia lanzado al principio de este siglo puede considerarse como una repetición afortunada de tentativas varias (aunque menos generales y no felices, porque no había llegado la hora señalada por la Providencia) que datan de la época misma de la Conquista”.⁹³

88. Tal como lo diría Bernardo Tovar, “Porque los muertos mandan...” 147.

89. *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910): 130-131.

90. Es necesario recalcar que las historias patrias estaban influenciadas por los planteamientos regeneracionistas. Se pregunta el profesor Tovar Zambrano: “¿Cómo conciliar el culto a Bolívar y a los patriotas con el homenaje a Colón, a los descubridores y a los conquistadores? Entonces, los gobernadores de la Regeneración se acordaron de la metáfora de la familia. Evocando el esquema familiar de la época imperial y procediendo a un sintomático olvido, (...) se enfatizaba [que España] era la Madre Patria (...)”, la católica, la religión verdadera, la misma que trajo Colón y que Jiménez de Quesada impuso por la fuerza y la ley. Tovar 154-155.

91. Ver, por ejemplo, de Caro: “El elemento ibérico no se puede borrar de los próceres de la Independencia” (1881); o en Laureano Gómez, “Orígenes de nuestra cultura” (1950), ambos en *Antología*, vol. 1.

92. Principalmente en José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (Bogotá: UNAL, 1969).

93. Caro, “La cultura religiosa y la civilización material son pilares de la herencia nacional”, *Antología*, vol. 1, 327.

[152]

Desde la perspectiva academicista, los independientes de 1810 no fueron desleales a la Corona española. Según uno de los primeros académicos, Eduardo Posada, no existe ni crimen ni ingratitud en el momento en que el hijo mayor se desprende del seno familiar. Mas “la verdad es que nadie podía detener el alud, y que las Colonias tenían hombres capaces de llevar á término la revolución. Había cerebros para dirigirla, y aparecieron brazos que realizaron trabajos que hoy nos parecen mitológicos”.⁹⁴ Lo que definitivamente motivó a los americanos para separarse de la Corona era la poca actividad, la falta de energía y candor, el abandono, la indecisión, lentitud, imbecilidad e ineptitud de los virreyes; sumados a las complicadas vías de comunicación y la imposibilidad de ejercer un gobierno efectivo a miles de millas de distancia.⁹⁵

La visión liberal de la Independencia, más atemperada que la de los radicales del siglo XIX, sacó a relucir todo su repertorio civilista. Creía que el movimiento del 20 de julio estuvo relacionado directamente con el espíritu municipal de origen español, de corte autonomista. Tal fue la opinión de Rafael Uribe Uribe:

Así, pienso que una de las mejores muestras de veneración que podríamos dar a la memoria de los fundadores de la nacionalidad sería restaurar el espíritu municipal al Estado que existía cuando fue capaz de producir la acción de los Cabildos, a la cual debemos en gran parte la iniciativa de la independencia; y pienso que la mayor ofrenda a los hombres del Cabildo Abierto del 20 de julio de 1810, y lo que más concuerda con las ideas del gobierno serio y popular que ellos imaginaron, es restablecer el gobierno del pueblo por el pueblo en el Municipio.⁹⁶

Los debates en torno a los yerros y defectos de la nacionalidad son incorporados con una curiosa reflexión: los primeros patriotas eran inexpertos en la administración de la nueva vida republicana por el desconocimiento práctico que se tenía de ella. Sólo la conocían por los acontecimientos de Francia y Estados Unidos. La tradición conservadora ya

94. Eduardo Posada, “Estado político de los pueblos americanos”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910): 134.

95. Posada 134.

96. Rafael Uribe Uribe afirmó que el sistema de municipalidades, propio de la administración moderna de la República, había fracasado en los cien años de vida independiente. *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910): 201.

había apuntado este aspecto en el siglo XIX, pero con un tono menos predispuesto:

Sin experiencia política, sin historia propia, sin grandes intereses creados en su seno que se opusieran a ninguna especie de constitución, ¿qué otra cosa podían hacer que imitar lo más perfecto que veían practicado entre los pueblos que empuñaban por entonces el cetro de la civilización? Pretender que obraran de otro modo, sería exigir de un niño la experiencia y juicio de la edad madura.⁹⁷

[153]

Al defender la historia patria del materialismo histórico, decía Eduardo Santos, los hombres del 20 de julio, del centralismo y el federalismo, actuaron más por errores ingenuos que por una conducta premeditada cifrada en atender los intereses económicos de las clases sociales enfrentadas.⁹⁸ El hecho que contaba era que “la actual generación recuerda hoy en todo el territorio colombiano los sacrificios y la gloria de esa ilustre pléyade de patricios, y sus nombres viven en el corazón de quienes deben a ellos la herencia inapreciable de la libertad”. Al final, no podría faltar el acostumbrado brindis que cada año conmemorativo se hacía a la memoria y debido tributo de admiración y gratitud de los grandes hombres.⁹⁹

En términos generales, la mitificación del patriota se hace nombrando sus virtudes y fisonomías; es el arquetipo del hombre guerrero, orador, legalista y político. Siguiendo a Tovar, el elogio a su personalidad y carácter recubre una función propia de los muertos célebres que legan a las generaciones presentes el genio y espíritu de la nacionalidad.¹⁰⁰ Se descubre que el patriota es un héroe que porta los más distintivos elementos de la personalidad histórica colombiana y es el ejemplo a seguir para los nuevos ciudadanos. Cada vez que se hacía una conmemoración de las fiestas del 20 de julio o del 7 de agosto, los presidentes de la Academia Colombiana de Historia inauguraban las sesiones con oraciones y arengas patrióticas, discernían un poco acerca del estado de la historia en el país, describían brevemente las actuaciones de algún prócer, y terminaban cediendo la pa-

97. Sergio Arboleda, “La República en la América Española”, *Antología*, vol. 1, 206.

98. Eduardo Santos, *Discursos pronunciados en la celebración del sesquicentenario de la Independencia Nacional, 1810-1960* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1961) 17-18.

99. *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910): 130-131.

100. Tovar 147, 150.

labra al presidente de la República, “dignísimo heredero y continuador de los creadores de la República de Colombia”.¹⁰¹

[154]

Cuando no se trataba de un “digno heredero” o un continuador de la obra patriótica, el mensaje se dirigía a la masa de la población, incitándola para seguir el ejemplo del patriota. Se utilizaban todos los adjetivos posibles para exaltarlos: virtudes, cualidades sobresalientes, excelso eupátrida, sabio, prodigioso, entre otros. A uno de ellos se le atribuyó la fuente milagrosa del prodigio: Caldas, “el milagro de la sabiduría”, era irrepetible en la historia del pensamiento colombiano. Su espíritu prodigioso “se fue creando a sí mismo con un empeño, con un fervor tan hermoso que inspira admiración y ternura”. A la juventud colombiana, sin embargo, le quedaba la resignación de contar con un patriota excelso, que cuando mucho podría inspirarlos: “Deseo que la juventud de mi patria aprenda en el ejemplo de Caldas la constancia en el estudio; la abnegación sublime y el placer divino que proporciona la investigación desinteresada de las humildes y profundas verdades de las ciencias humanas”.¹⁰²

Por lo demás, este discurso imbricaba parte del carácter político de la nacionalidad. No en vano la Academia estuvo opacada durante la administración de Rojas Pinilla, a quien acusaron de vulnerar la tradición civilista de Colombia. Sin embargo, durante el periodo 1953-1957, la Academia no manifestó malestar alguno contra el gobierno. Pasadas las aguas turbias, acusó al régimen militar de violentar las instituciones civiles y democráticas de la nación: “Los acontecimientos del 10 de mayo, la caída del régimen que hasta entonces imperaba, y la restauración de las instituciones civilistas y democráticas en el país son hechos que no pueden ser ajenos a la Academia de Historia”.¹⁰³

Aunque Rojas Pinilla no manifestó claramente que engendraría un nuevo *logos* interpretativo de la historia de Colombia, la Academia estuvo presta a defender “siempre el reino del derecho, las normas democráticas, los principios de probidad política y administrativa”. Y además recalcó que “no pudo menos de contemplar con honda satisfacción patriótica el resurgimiento de la nacionalidad y el retorno a los caminos de la ley”. Ciertamente, la Academia

101. Eduardo Santos, *Discursos* 20.

102. Max Grillo, “La vida extraordinaria del Sabio Caldas”, *Conferencias dictadas en la Academia Colombiana de Historia con motivo de los festejos patrios* (Bogotá: Editorial Selecta, 1936) 241-242, 251.

103. Gabriel Giraldo Jaramillo, “Informe del Secretario Gabriel Giraldo Jaramillo: 1957”, *Informes* 57.

estaba atestada de insignes santanderistas, como Eduardo Santos, Alberto Lleras o Guillermo Hernández de Alba, y reiteraron su independencia de un gobierno antidemocrático, al que nunca rindieron culto ni fortificaron sus *valores artificiales*. Con poco presupuesto, la Academia siguió silenciosamente la labor de entregarse “totalmente al cumplimiento de sus altas y patrióticas tareas”.¹⁰⁴

Cuando llega al poder Alberto Lleras, los académicos sintieron el triunfo como propio, pues se recuperaron las instituciones democráticas, surgió la más acendrada forma de la fraternidad nacional:

[155]

Unánime aspiración por encauzar por los caminos de Cristo el progresivo impulso de la recuperada patria; el anhelo colectivo que inclina a dar a cada uno lo que le pertenece, vale decir, el querer de nuevo triunfantes, el derecho, la razón y la equidad hasta hace poco atropellados. Es el triunfo de los ideales cultivados aquí desde la fundación de la Academia. Es la hora de acendrar nuestra tarea, de depurar la vida nacional difundiendo los ejemplos del glorioso pasado.¹⁰⁵

Los académicos y el santanderismo

Tal “triunfo de los ideales”, como sostiene la Academia, está referido al carácter de una nación civilista, culta –o poética– e hispanista. En el periodo del nacionalismo colombiano que data de 1910 a 1950, la figura del general Santander fue ensalzada por miembros de ambos partidos, allende la paternidad política e ideológica atribuida a Santander y a Bolívar para los partidos liberal y conservador respectivamente. En este sentido, se podrían citar autores de ambas colectividades que glorificaron la obra y trayectoria de Santander, en tanto el fundador o cimentador de la nación moderna, como Rafael Uribe Uribe, Marco Fidel Suárez, Carlos Martínez Silva, Guillermo Valencia, Enrique Olaya Herrera, Laureano García Ortiz, Luis López de Mesa, Guillermo Hernández de Alba, Carlos Lozano y Lozano, Eduardo Santos,¹⁰⁶ entre otros, quienes, como se ve, hacían parte de la tradición *centenarista*. El principal aporte de los centenaristas fue, sin duda, la consagración al civilismo, entendido como el apego a las instituciones civiles del Estado

104. Giraldo Jaramillo, “Informe...”.

105. Informe del Secretario Guillermo Hernández de Alba, 1957-1958, *Informes* 63-64.

106. Para una referencia en conjunto de sus discursos sobre Santander, se puede remitir a *Escritos sobre Santander*, vols. 1 y 2.

y el *denuesto* a la larga trayectoria de guerras civiles suscitadas en el siglo XIX. La Academia Colombiana de Historia dejó el camino expedito para introducir al “Padre de la Nación”.¹⁰⁷

[156]

Así lo refería Uribe Uribe en 1911: “El civilismo es bueno y loable, no como contrapuesto al militarismo, sino cuando por él se entiende la defensa de la legalidad contra la arbitrariedad, ejérzanla hombres de espada o togados”. Rafael Uribe Uribe profetizó en el civilismo la obra cumbre de la nacionalidad colombiana. En el pasado heroico: “Ni se olvide que el general Santander es el único gobernante en nuestra historia que haya merecido ser llamado El hombre de las leyes, y que el general López es una de las más apacibles figuras de república de nuestra galería nacional”.¹⁰⁸ La condición dual del carácter nacional, militarismo y civilismo, eran parte, sin duda, de un mito ancestral común: los conquistadores: “¿No es un hecho singular que el tipo de nuestra nación lo diera desde el principio el conquistador del territorio en que debía asentarse? Jiménez de Quesada, Licenciado que llevaba bajo la toga el acero, hombre de letras y de energía, parece que al través de los siglos hubiera impreso el sello de su doble carácter al pueblo colombiano, por una especie de predestinación”.¹⁰⁹

La mitologización de Santander está inscrita en este proceso civilista,¹¹⁰ y se puede reflejar claramente en la *Oración ante la tumba del general Santander en*

107. El centenarismo contaba con un prontuario histórico bastante rico. En un recorrido breve, encontramos a un José María Obando, que en su discurso de posesión presidencial de 1853 juró seguir la impronta de Santander; un Murillo Toro, que cada vez que tenía un grave problema durante su presidencia, invocaba la memoria del general neogranadino para consultarle qué habría hecho en su caso; un Dámaso Zapata, instructorista incansable que pregonó en 1880 que si el país seguía el legado educacionista de Santander, otro país sería Colombia; un Uribe Uribe, que profetizara que la obra cumbre de Colombia sería el civilismo legado por Jiménez de Quesada y cimentado por Santander; hasta llegar a un Eduardo Santos que, en 1940, en el primer centenario de la muerte del ilustre general, se convirtiera en el principal sostenedor de su memoria.

108. Rafael Uribe Uribe, “Del valor personal, del valor civil, del civismo y de la ciudadanía: consejos a los liberales” (1911), *Obras selectas*, vol. 2 (Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979) 394.

109. Rafael Uribe Uribe, “Santander. Discurso pronunciado ante la estatua, el 24 de julio de 1910”, *El Liberal Ilustrado* [Bogotá] 20 jul. 1914: 83.

110. En mi tesis ya había argumentado que el carácter de Santander no sólo es civilista. Lo es civilista-militarista.

el centenario de su muerte de 1940, hecha por Luis López de Mesa. Este autor resaltó del general sus “cualidades sobresalientes” de un excelso eupátrida, sus hazañas heroicas en la administración como un “gobernante entre hombres poco aptos”, único en América, “sometido a rituales ordálicos”, embalsamado de los méritos proféticos, comparado, por su sacrificio, con Jesús de Nazaret.¹¹¹ Una perfecta idealización humana que parece tener más bien una especie de tono hiperbólico y delirante: “En ese ambiente [la Independencia] de cárdenos destellos deslumbrantes y suicidas, su genio irradiaba la apacible luz de orientaciones futuras, tan heroico en su tenacidad persuasiva como en un faro en escollera calamitosa de los mares”.¹¹² Santander, el padre de la nacionalidad colombiana, “encarna un ideal de auténtica democracia, de gobierno representativo y responsable, porque se inspira en la adhesión irrestricta a la libertad, en el rechazo de toda tiranía, en el respeto a la ley (...)”¹¹³

[157]

Del lado conservador también existen panegíricos como el de Guillermo Valencia, quien colocó a la par del Libertador la figura solar-mitológica de Santander, más como resultante del sentimiento nacionalista de la época que por un puro y sincero santanderismo. Decía que “En la escala del merecimiento nacional, en la jerarquía de las intensas labores, en el consejo de los combatientes incansables, ocupa Francisco de Paula Santander sitio de honor junto al padre de la patria, centro solar de todo el sistema”. Más adelante se resiste a creer que figura alguna pueda superar a Bolívar, tan sólo secundado por un astro menor: “Si Bolívar es Febo, Santander es Selene, que ilumina la noche en ausencia del astro-rey”.¹¹⁴ Esta presunción de un Santander mitológico, relegado a una segunda posición frente al “Febo” de los conservadores, es una muestra de que el personaje está pasado por una vida llena de contrastes, “como acaece en los eclipses”, una “interposición del disco menor” que opaca y ensombrece “transitoriamente el rutilante foco del final portentoso”.¹¹⁵ Santander es el hijo mayor de la obra de “El Libertador”, un héroe nacional que no va más allá de una frontera o una sociedad particular. Esta situación descubre una o diversas manifestaciones

111. Luis López de Mesa, “Oración ante la tumba del general Santander en el centenario de su muerte”, *El Libro de Oro de Santander* (Bogotá: Plaza & Janes, 1940) 65-73.

112. López de Mesa, *Oración* 67.

113. Eduardo Santos, “Santander, organizador civil de Colombia”, *El Libro de Oro de Santander* (Bogotá: Plaza & Janés, Bogotá, 1940) 74.

114. Guillermo Valencia, “Santander” (1940), *Escritos*, vol. 2, 40.

115. Valencia 40.

del carácter o genio de uno de los héroes implicados, que se resiste a ser dominado por el destino, la fuerza o el influjo de otro héroe. Una de las manifestaciones del santanderismo es precisamente ésa, rescatar de la sombra, escatológicamente, la memoria y genio del general Santander.

[158]

Este rescate también obedeció a las innumerables alegorías hechas a Bolívar desde finales del siglo XIX, que aunque merecía el lugar que ocupaba en el panteón del areópago, supuso el opacamiento de otros próceres neogranadinos como Torres, Nariño o García Rovira.¹¹⁶ El primer lugar entre los granadinos lo ocuparía Santander.¹¹⁷

Durante la década de 1930, Santander se convirtió en el héroe favorito de muchos, todos liberales y algunos conservadores. Además de inspirar el ideario de una república liberal, los roces y diferendos limítrofes con Venezuela desempolvaron la tumba de Santander. Un conato de guerra con Venezuela en 1901, gobernada por el general Cipriano Castro, más el desapego por los gobiernos militares de ese país, tal como sería el caso de Juan Vicente Gómez, llevaron a muchos santanderistas a reforzar el escudo mágico del civilismo más radical. Colombia, decía Santos, asume “la gloria de su prócer eximio, acoge también su pensamiento, como síntesis de la misión que en América le corresponde; como criterio que ha de guiarla en la organización de su vida civil, como fundamento insustituible de sus sistemas políticos”.¹¹⁸ Santander, entonces, se convirtió en la más auténtica síntesis de lo que pulula en “lo más hondo del sentimiento y de la conciencia colombianos”.¹¹⁹ Con la consagración de Santos, el general Santander adquirió un carácter más positivo en torno a sus apelativos “Hombre de las Leyes” y el “Organizador de la Victoria”. Ambos términos indican que el general es un héroe primigenio de la Independencia, pues sin sus actos, la libertad y la consumación del nuevo régimen republicano, además de la ejecución de la guerra contra España, no se hubieran perpetuado. Aparece junto a Bolívar ceñido de laureles; éste como el “Padre de la Patria”, y Santander como el fundador de la República y “Padre de la Nación”. En algún

116. Laureano García Ortiz, “Colombia y Bolívar” (1930), *Estudios* 39-67.

117. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la construcción del santanderismo se inspiraba en los debates románticos y liberales de corte jacobino y anárquico que se incrustaron en los idearios de los viejos generales de la Independencia y los jóvenes radicales neogranadinos. Santander, entonces, encarnaba la presunción de un Estado moderno, liberal y racional.

118. Santos, “Santander...” 74.

119. Horacio Rodríguez Plata, prólogo a *Escritos*, vol. 1, XV. Cfr. supra nota 72.

pasaje de su panegírico incluso superó las fronteras nacionales: es el héroe de la administración americana en medio del caos. Como se puede notar, la consagración de la obra heroica de Santander no se debe únicamente, como el sentido estricto de las situaciones mitológicas lo supone, a la gesta militar; el general también es héroe de la administración americana, de la organización civil y militar y de la cultura nacional.

[159]

Conclusión

A través del análisis de las formas, las características y la evolución del mito del héroe patriota, la Academia Colombiana de Historia, que durante la primera mitad del siglo XX reflejó el fuerte influjo de la Regeneración y la herencia cristiana del progreso de la humanidad y “las enseñanzas de Cristo”, pudimos rastrear el aporte del carácter del pueblo colombiano como síntesis de la obra de Santander, más allá del debate en torno al mito bipartidista de dos naciones, la bolivariana y la santanderina. Esta tarea involucró un periplo santanderino en torno a la construcción de la nación y sus caracteres más representativos, tales como el civilismo y el legalismo. Es decir, al general Santander –más bien el espíritu santanderino– se le confirió el estatuto de padre fundador de la nacionalidad y la mayor inspiración de los estatutos de la Academia.

A la Academia le correspondió también la tarea de darle al debate ideológico partidista un matiz conciliatorio. Como gran hombre, el general Santander encarna los ideales de un Estado liberal y racional, el “nacionalismo de frontera”, y, según la tradición de algunos conservadores ultramontanos, el adalid de las generaciones laicas, jacobinas y anticatólicas. Como vimos, tal fue el principio y fin de las discusiones en torno a Bolívar y Santander. En el primer caso no había discusión alguna. En el caso de Santander, su valoración mítica corrió aparejada con un sentimiento nacionalista bastante apartado de la obra de salvación cristiana de la humanidad. A partir de entonces, los santanderistas emprendieron la tarea de convertir a Santander en un Richelieu o un Jesucristo. Pero a diferencia del siglo XIX, el *logos* interpretativo de la historia nacional emprendido por los partidos liberal y conservador siguió su curso en el siglo XX, discurriendo en puntos de encuentro que no se suscitaban en los campos de batalla, sino en los cafés, las tertulias y la prensa.

Sin ser ajeno al debate de los distintos modelos políticos sobre construir nación por parte de los dos partidos, más la concepción del “pueblo” nacional que tenía cada uno de ellos, el santanderismo fue mitificado por

[160]

la Academia y justificó uno por uno sus fundamentos. A la Academia se le confió la tarea de conformar un cuerpo de ideas *típicas* en torno a la nación, redactar un nuevo *logos* interpretativo de la historia de Colombia y darle a la historia el carácter de una disciplina acientífica capaz de superar los debates partidistas e ideológicos que sumieron al país en un periodo de cruentas guerras civiles; además de masificar la vida y obra del patriota, el “amor a la patria”, consagrar la “vida de los grandes hombres de la nación” y proporcionar a las futuras generaciones el camino recto del “progreso” y la “civilización”. La Academia Colombiana de Historia convirtió al patriota en un ser que trascendió partidos, yerros y defectos. Como si se tratase de una religión moderna, le adaptó un culto cívico con las plegarias de la narración histórica, las representaciones artísticas, el rito y la fiesta cívica. El patriota, así entendido, recorre los mismos pasos que los hombres mesiánicos: mártir, fortuna y calamidad.

Las orientaciones de la historia patria son motivadas por hechos y héroes de la gesta independentista, en la cual el patriota representa las particularidades de la vida política y cultural de un pueblo. Por medio suyo se revive el pasado, se delinea el futuro y se concibe la identidad nacional como el resultado de unos significantes que son refrendados por la religión, el territorio, las normas morales y civiles que, por supuesto, fueron legadas por los padres fundadores.

Los términos mito y heroísmo fueron la condición necesaria para legitimar en el poder la dignidad de una vieja verdad y el nacimiento de una Nueva Colombia. El mito del patriota moderno nos induce a pensar que los héroes son personas reales/históricas, de carne y hueso, pero que, como los héroes paganos de la mitología antigua, recubren un aspecto alegórico-simbólico, trascendental y ascensional, hasta el punto de llegar a darle una representación transpersonal propia de los campos de la demiurgia fantástica.

OBRAS CITADAS

I. Fuentes impresas sobre el general Santander

Escritos sobre Santander. Vols. 1 y 2. Comp. Horacio Rodríguez Plata y Juan Camilo Rodríguez. Bogotá: Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander/ Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988.

Archivo Santander, I, IV y VI.

- Camacho Montoya, Guillermo. *Santander: el hombre y el mito*. Bogotá: Ediciones Revista Colombiana, 1940.
- Camacho Roldán, Salvador. *Santander*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1978.
- Cartas Santander-Bolívar*. Vols. IV, V y VI, Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Pula Santander, Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, 1990.
- González, Fernán. *Para leer la política: ensayos de historia política colombiana*, vol. 1. Bogotá: CINEP, 1997.
- González, Fernando. *Santander*. Medellín: Bedout, 1971.
- López de Mesa, Luis. "Oración ante la tumba del general Santander en el centenario de su muerte". *El Libro de Oro de Santander*. Bogotá: Plaza & Janes, 1940.
- Santos, Eduardo. "Santander, organizador civil de Colombia". *El Libro de Oro de Santander*. Bogotá: Plaza & Janes, 1940.
- Santander, Francisco de Paula, "Historia de las desavenencias con el Libertador". *Memorias del general Santander*. Prólogo Eduardo Santa. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1973.
- Santander, Francisco de Paula, "Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada". *Memorias del general Santander*. Prólogo Eduardo Santa. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1973.
- Urisarri, Eladio. *Cartas contra Santander*. Comp. Vicente Pérez Silva. Bogotá: Editorial Planeta, 2000.
- Uribe Uribe, Rafael, "Santander: discurso pronunciado ante la estatua, el 24 de julio de 1910". *El Liberal Ilustrado*. 20 julio 1914.

[161]

II. Fuentes secundarias

- Academia Colombiana de Historia. *Boletín de Historia y Antigüedades* 63 (1910).
- Academia Colombiana de Historia. "Información del Secretario sobre la Cátedra de Historia". *Boletín de Historia y Antigüedades* 36 (1949).
- Academia Colombiana de Historia. *Informes anuales de los secretarios de la Academia, 1952-2000*. Comp. Roberto Velandia. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2001.
- Academia Colombiana de Historia. *Informes anuales de los secretarios de la Academia, 1902-1952*. Comp. Roberto Cortázar. Bogotá: Editorial Minerva, 2001.
- Academia Colombiana de Historia. *70 años de su fundación: 1902-1972*. Bogotá: Editorial Kelly, 1972.

[162]

- Arboleda, Sergio. "La República en la América española". *Antología del pensamiento conservador en Colombia*. Vol. 1. Selec. e Intro. Roberto Herrera. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Berlin, Isaiah. *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*. México: FCE, 1993.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Norma, 1998.
- Caillois, Roger. *El mito y el hombre*. Buenos Aires: Ediciones Sur, 1939.
- Camargo, Alberto Lleras. *Discursos pronunciados en la celebración del sesquicentenario de la Independencia Nacional: 1810-1960*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1961.
- Carlyle, Tomás. *Tratado de los héroes: de su culto y de lo heroico en la historia*. Barcelona: Editorial Iberia, 1957.
- Caro, Miguel Antonio. "La cultura religiosa y la civilización material son pilares de la herencia nacional". *Antología del pensamiento conservador en Colombia*. Vol. 1. Selec. e Intro. Roberto Herrera. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Caro, Miguel Antonio. "Memorias histórico-políticas del general Posada. Ojeada al origen de nuestros partidos políticos". *Artículos y discursos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f.
- Caro, Miguel Antonio. "La Independencia y la raza". *Antología del pensamiento conservador en Colombia*. Vol. 1. Selec. e Intro. Roberto Herrera. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Caro, Miguel Antonio. "El elemento ibérico no se puede borrar de los próceres de la Independencia". *Antología del pensamiento conservador en Colombia*. Vol. 1. Selec. e Intro. Roberto Herrera. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Colmenares, Germán. "La invención del héroe". *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989.
- Cortázar, Roberto. *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá en 1938*. Bogotá: Imprenta de la Luz, 1939.
- Correa, Ramón. "Bocetos biográficos", *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.61 (1909).
- Domínguez, Jorge I. *Insurrección o lealtad: la desintegración del Imperio español en América*. México: FCE, 1985.
- García Ortiz, Laureano. *Estudios históricos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.

- Gómez, Laureano. *Obras completas. Crítica de historia*. Bogotá: Cámara de Representantes, 1989.
- Gómez, Laureano. *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*. Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1970.
- Gómez, Laureano. "Orígenes de nuestra cultura". *Antología del pensamiento conservador en Colombia*. Vol. 1. Selec. e Intro. Roberto Herrera. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- Gómez, Laureano. *El final de la grandeza*. Bogotá: Editorial Hojas e Ideas, 1993.
- González, Fernán. *Para leer la política: ensayos de historia política colombiana*. Vols. 1 y 2. Bogotá: CINEP, 1997.
- Grillo, Max. "La vida extraordinaria del Sabio Caldas". *Conferencias*. Bogotá: Editorial Selecta, 1936.
- Hook, Sydney. *El héroe en la historia: un estudio sobre la limitación y la posibilidad*. Buenos Aires: Ediciones Galatea/ Nueva Visión, 1958.
- Ibáñez, Pedro María. "Informe anual del Secretario de la Academia". *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.65 (1910).
- Little, Roch. "El conocimiento histórico como proceso de semiosis: el ejemplo del debate polaco de la posguerra acerca de Pilsudski". *Memoria y Sociedad* 1.2 (1996).
- López de Mesa, Luis. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Medellín: Bedout, 1970.
- Meinecke, Friedrich. *El historicismo y su génesis*. México: FCE, 1943.
- Palacios, Marco. "Independencia y subdesarrollo: notas sobre los orígenes del liberalismo económico en Colombia". *Parábolas del liberalismo*. Bogotá: Norma, 1999.
- Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Norma, 2001.
- Posada, Eduardo. "Estado político de los pueblos americanos". *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910).
- Posada Carbó, Eduardo. *El desafío de las ideas: ensayos de historia intelectual y política en Colombia*. Bogotá: Banco de la República/ EAFIT, 2003.
- Restrepo Briceño, Fernando. "Fuentes históricas". *Boletín de Historia y Antigüedades* 1.9 (1903).
- Rivas, Raimundo. "Duda histórica". *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.64 (1910).
- Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*. Bogotá: UNAL, 1969.

[164]

- Santos, Eduardo. *Discursos pronunciados en la celebración del sesquicentenario de la Independencia Nacional: 1810-1960*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1961.
- Santos, Eduardo. "El culto de los grandes hombres". *Obras selectas*. Vol. 2. Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979.
- Santos, Eduardo. "Nuestra nacionalidad". *Obras selectas*. Vol. 2, Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979.
- Santos, Eduardo. "Una crisis de patriotismo", *Obras selectas*. Vol. 3. Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes, 1980.
- Smith, Anthony. *La identidad nacional*. Madrid: Trama Editorial, 1997.
- Suárez, Marco Fidel. "El carácter". *Obras*. Vol. 1. Ed. Jorge Ortega Torres. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1958.
- Suárez Fortoul, Manuel. "Santander ante la historia", *Escritos sobre Santander*. Vol. 1. Comp. Horacio Rodríguez Plata y Juan Camilo Rodríguez. Bogotá: Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y el Sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander/ Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988.
- Suárez Fortoul, Manuel. "Pedagogía republicana". *Obras*. Vol. 1. Ed. Jorge Ortega Torres. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1958.
- Tovar Zambrano, Bernardo. "La historiografía colonial". *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Bogotá: UNAL, 1995.
- Tovar Zambrano, Bernardo. "Porque los muertos mandan: el imaginario patriótico de la historia colombiana". *Pensar el pasado*. Bogotá: UNAL y Archivo General de la Nación, 1997.
- Uribe Celis, Carlos. *Los años veinte en Colombia*. Bogotá: Editorial Colombia Nueva, 1985.
- Uribe Uribe, Rafael. "Del valor personal, del valor civil, del civismo y de la ciudadanía: consejos a los liberales". *Obras selectas*. Tomo 2. Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979.
- Uribe Uribe, Rafael. "Notas para un ensayo sobre el estado del alma nacional". *Obras selectas*. Tomo 2. Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos/ Cámara de Representantes, 1979.
- Uribe Uribe, Rafael. "Las municipalidades en la Independencia". *Boletín de Historia y Antigüedades* 6.63 (1910).
- Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y nación en Colombia: de la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central/ Siglo del Hombre Editores, 2002.